BOLSILIBROS

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CURTIS GARLAND

LA MASCARA "KENDO"



El primero en morir violenta y extrañamente, fue Toyo Tomura. Pero no le llevó demasiada ventaja a su hermano Saki. Solamente unas pocas horas, pese a que cada uno de ellos estaba en un lugar diferente de Tokio. Toyo se encontraba en un dojo de Ginza Street, cerca de Ueno Park, practicando nuevas *katas* con sus alumnos de karate. Había terminado con una de las *katas* adelantadas, y estaba iniciándoles en las dificultades previas de la *NoKata Yang-Tsu*. Sus seis alumnos, todos ellos jóvenes, de ilusionada expresión durante las exhibiciones de su maestro, no desviaban sus ojos almendrados de los movimientos armónicos y perfectos del gran karateka. Ver en acción los músculos, nervios y tendones de Toyo Tomura, era un espectáculo difícil de olvidar.

Curtis Garland

La máscara «kendo»

Bolsilibros: ¡KIAI! - 15

ePub r1.0
Titivillus 19.12.17

Título original: *La máscara «kendo»*
Curtis Garland, 1977
Ilustraciones: Salvador Fabá

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



COLECCION ¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

PRÓLOGO

PÁJAROS ASESINOS

El primero en morir violenta y extrañamente, fue Toyo Tomura. Pero no le llevó demasiada ventaja a su hermano Saki. Solamente unas pocas horas, pese a que cada uno de ellos estaba en un lugar diferente de Tokio.

Toyo se encontraba en un *dojo* de Ginza Street, cerca de Ueno Park, practicando nuevas *katas* con sus alumnos de karate. Había terminado con una de las *katas* adelantadas, y estaba iniciándoles en las dificultades previas de la *NoKata*
Yang-Tsu
. Sus seis alumnos, todos ellos jóvenes, de ilusionada expresión durante las exhibiciones de su maestro, no desviaban sus ojos almendrados de los movimientos armónicos y perfectos del gran karateka. Ver en acción los músculos, nervios y tendones de Toyo Tomura, era un espectáculo difícil de olvidar.

Pocos karatekas en el Japón, posiblemente ninguno, había alcanzado jamás el grado de perfeccionamiento, armonía y belleza plástica que se conjuntaban en la elasticidad móvil de aquella figura alta, esbelta, toda ella al servicio de una mente ágil, repleta de recursos, científica y cultivada en el aprendizaje, asimilación y sublimación de las más puras y auténticas esencias de las Artes Marciales.

Toyo Tomura, en su juventud actual, era ya un auténtico maestro, un especialista de primerísima fila, noveno Dan de Karate-Do. Su *dojo* en Ginza, tenía fama de ser de los mejores de la capital nipona, y a él acudían aquellos que realmente deseaban aprender del más experto de los profesores posibles.

Disfrutaba Toyo con la enseñarla de las asignaturas capaces de educar los cuerpos, la mente y el espíritu de sus alumnos. Sabía que era como forjar nuevos hombres. No simples luchadores, sino algo más, mucho más en realidad: era forjar almas; como modelar con sus propias manos a futuros hombres que sabrían hacer de sus manos y de sus piernas, no sólo armas para defenderse de la agresión, sino medios de lucha al servicio de un sentido justo, limpio y altruista de la pugna. Hacer deporte de sus facultades de luchadores, y convertir ese deporte en escuela de moralidad y de honestidad, de lealtad y de pureza, era lo más hermoso de las Artes Marciales. Y ésa era su obra. La que desarrollaba con aquellos muchachos, quitando de sus jóvenes mentes, demasiado influenciadas a veces por los telefilmes violentos, por la brutalidad de películas, *cómics* y novelas, todo rastro de morbosidad, de crueldad, de odio o de virulencia en su enfrentamiento a un adversario con las nobles armas de su ciencia combativa.

—Ved, muchachos —dijo, en un alto de sus exhibiciones, enjugándose la leve película de sudor que perlaba su rostro anguloso, color oliváceo, de cabellos muy negros, rapados cortos. Sonrió, marcando minuciosa, lentamente, cada uno de los movimientos y flexiones de aquella difícil *kata*, para que ésta quedara impresa con todo detalle en los ojos y en la mente de sus alumnos—. El esquema debe comenzar situando el pie derecho en esta posición, para después adelantar el…

En ese momento, entró la primera paloma en el *dojo* de la calle Ginza.

Los alumnos, alborozados por la presencia del pájaro, rompieron en risas y comentarios, desviada su atención por el incidente. Toyo Tomura levantó los ojos y sonrió, al ver revolotear a la paloma, como aturdida, dentro del recinto destinado a la práctica de las Artes Marciales.

Conservando Toyo su *ibuki*, o respiración suave, especial para la práctica del karate, relajó su cuerpo, al comprender que los jóvenes alumnos se sentían ahora más interesados por el vuelo de la paloma que por su propia exhibición didáctica, como resultaba lógico en muchachos de tan corta edad, capaces de sentirse atraídos por cualquier novedad más o menos divertida.

—Mirad a esa paloma —comentó con voz suave y profunda,

como él acostumbraba a hablar siempre a sus alumnos—. Es alegre y ligera. Os divierte. Pero observadla con atención. Hay también en ella otras muchas cosas que conviene apreciar. Su vuelo tiene mucho de aturdimiento, porque empiezan los fríos y su débil naturaleza no resistirá el invierno. Es una criatura bella, noble y arrogante, que ni siquiera con su vuelo rápido y ágil es capaz de escapar a su destino. Ello nos enseña, con una lección fácil, que nadie, por capacitado y fuerte que se crea, puede escapar a lo que su sino le tiene reservado. Sólo el espíritu, aquello inmaterial que no se debe a ataduras físicas, es capaz de remontarse con un vuelo más alto, más rápido y más poderoso que el de cualquier ave, desde la humilde paloma al águila orgullosa y potente. Cuando fortalezcáis, por tanto, vuestros miembros, pensad que lo más importante es fortalecer antes vuestro ser interior, para que todo cuanto seáis capaces de hacer físicamente, tenga su compensación en otro plano mucho más perfecto y elevado…

La sencilla lección filosófica de Toyo Tomura parecía haber llegado a su fin. Suspiró el karateka, mirando con dulce sonrisa a los jóvenes alumnos, pendientes de las graciosas evoluciones de la aturdida ave, introducida en el *dojo* por uno de los tragaluces de la parte alta del edificio.

De pronto, la paloma pareció actuar de modo diferente al previsible. Se golpeó en uno de los muros del recinto, y en vez de aturdirse por ello, se quedó planeando en la altura, antes de posarse en un saliente y contemplar con curiosidad a los personajes reunidos en el local.

Finalmente, los ojos del animal parecieron fijarse con mayor obstinación en Tomura. Y desplegó sus alas, descendiendo con rapidez hacia él. El karateka la contempló, con un asomo de sonrisa, pensando que todo formaba parte de la torpeza que invadía al pájaro.

Luego, cuando la tuvo muy cerca, revoloteando por encima de su cabeza, su instinto, su propia agudeza y percepción, le pusieron alerta. Tuvo la repentina intuición de que algo andaba mal.

Y de que, pese a que pudiera parecer una idea ridícula, allí había *peligro*.

Tal vez su propio instinto de luchador, de hombre habituado a intuir más que a ver el riesgo frente a sí, le hizo anticiparse en

décimas de segundo a la terrible realidad. Pero aun así, ya era tarde para entonces. No podía eludir la muerte.

Y la Muerte era la paloma que había entrado en el *dojo* por uno de los respiraderos cercanos al techo.

La Muerte alada descendió hacia él, sibilante. Con la inocente, pacífica apariencia de una vulgar paloma gris y blanca.

Los brazos de Tomura, brazos elásticos, precisos, vertiginosos, brazos adiestrados en la práctica de las Artes Marciales, se movieron con celeridad y pericia, para frenar a la paloma, ante la mirada perpleja y desorientada de sus alumnos.

Tomura era un luchador nato, un auténtico gladiador de Oriente, que había hecho del *Zen* y del *Budo* o Lucha, su vida entera. Pero no como forma de combate o de violencia, sino por lo que la forma de lucha oriental significa en sí misma: un modo de ser, de pensar y de sentir. Una filosofía prolongada en el noble ejercicio de un arte marcial. De ahí que ahora, al comprender con súbita lucidez que la paloma simbolizaba la Muerte súbita —e inexplicable, eso sí—, actuara contra ella como si el alado ser fuese un adversario mortalmente armado. Sus *katas* iban dirigidas al pájaro que se precipitaba sobre él.

Pero un pájaro no era un *budoka*. No era un luchador, de karate, de aikido, de judo o de cualquier otra disciplina. Era solamente eso: un pájaro.

Pese a ello, pudo frenar su vuelo. Sintió el impacto del cuerpo alado contra sus manos estiradas y rígidas. La paloma emitió una especie de raro cloqueo… y le picó.

Le picó fuertemente en la palma de su mano, y se abrió la epidermis, goteando sangre la herida. Tomura lamentó hacer lo que hizo. Detestaba la violencia, odiaba la muerte provocada, incluso la de la más insignificante criatura de la Creación. Era parte de su doctrina, era intrínseco modo de sentir en su filosofía, formaba parte en su *Do* o vía. De su *Too*, como los chinos llamaban al *Do* o Camino japonés, dentro de la espiritualidad del *Zen*.

Pero Tomura, pese a todo… mató a la paloma.

La mató de un simple, breve golpe en su cabecita pequeña y aparentemente inofensiva, ante el gesto de horror y sorpresa de sus jóvenes alumnos, que no podían entender tal acción en su maestro. No obstante, allí caía ahora la paloma. Sin vida, con su cuello

quebrado por un seco golpe de tajo que igual hubiese podido quebrar el cuello de un toro.

Golpeó el ave con su cuerpecillo de plumas el suelo del *deje* blandamente, quedando inmóvil a los pies del karateka. El notable luchador y maestro de luchadores, se miró la mano herida Respiraba entrecortadamente, roto el ritmo de su *ibuki*. El sudor de su piel era frío ahora. Alrededor del picotazo del ave, súbitamente, una rara hinchazón violácea habíase materializado. La sangre del orificio era negruzca. Las imágenes se duplicaban y emborronaban ante sus ojos. Notó que un extraño frío sutil subía por sus arterias y su espina dorsal cada vez más cerca del corazón. Una rara torpeza invadía su mente.

—¡Maestro! —clamó uno de los jóvenes discípulos, puesto en pie de un salto—. ¿Es justo matar al ave inofensiva que viene a jugar en su inconsciencia?

Tomura miró a su joven alumno casi sin verlo. Se tambaleó. Murmuró roncamente:

—No, hijo… Nunca es justo matar… Pero no podía permitir que ella… os picotease también a vosotros. Esa paloma… *me ha matado a mí*, antes de que yo la matase a ella… Su pico tenía… la muerte…

Tosió, jadeante, cayó de rodillas. Sus alumnos corrieron hacia él. Tomura, sintiendo que las tinieblas empezaban a envolverle, vio cómo se aproximaba uno de los muchachos.

—Maestro, ¿qué puedo hacer? —le oyó murmurar—. Trataré de…

—¡No, no me toques! —jadeó—. ¡No toques mi herida! Llama a un médico… Llama… llama a la policía, hijo… Es todo…

Cayó de bruces. Los muchachos se miraron, asustados. Repentinamente, la paz y sosiego del *dojo* de la calle Ginza, se convirtió en un silencio pesado y mortal. Había algo siniestro en el ambiente. Y ellos no sabían lo que era.

Uno inició su marcha hacia la salida, para buscar ayuda. Su maestro ya no se movía.

Entonces apareció en la entrada del *dojo* la figura negra del *Kendoka*.

Le seguían otros tres *kendokas*, pero éstos no llevaban ropajes negros, sino grises y azules. Solamente el primero de ellos, rígido y dominante, vestía de negro. Sus *Shinai* no eran tales. Es decir: no se

trataba de sables de tiras de bambú, inofensivos y adecuados para enfrentamientos deportivos. Eran auténticos *katanas*, o sables de acero, capaces de decapitar a cualquier adversario, como en los viejos tiempos en que el Kendo era un medio bélico, y no una práctica de competición.

Los niños conocían aquella indumentaria que les era familiar: los faldones o *hakama*, en torno a las piernas del luchador, los protectores de cuerpo, como el *Do*, el *Tsuki*, el *Sode*, el *Tare*… Los duros guantes de cuero, el pañuelo apretado y anudado —*Men* e *Hidari Men*— en torno a la cabeza, y la máscara o casco de acero que protege el rostro, ocultándolo tras su rejilla en la oscuridad: el *Migi-Men*
.

Aquel atavío medieval, de los combatientes nipones, tenía ahora algo de siniestro en el recién llegado. Bajo la rejilla del casco de acero brotó una voz sorda, en japonés:

—¡Llevadlo! —ordenó—. Si los muchachos se oponen… ¡matadles ahí mismo!

Los jóvenes alumnos ya estaban bastante asustados con lo sucedido, para esperar la más. Dando gritos agudos de terror, huyeron por entre los cortinajes y puertas de bambú del *dojo*, en dirección opuesta al lugar por donde llegaran los cuatro *kendokas*.

Los tres luchadores de máscara de acero y ropajes exóticos, cargaron con el cuerpo inmóvil de Toyo Tomura. Salieron del *dojo* con él. Luego, rígido e impasible, el *Kendoka* negro les siguió.

Se quedó vacío el recinto. Con la sola excepción de una paloma con el cuello roto, reposando en el elástico tatami del *dejo* de la calle Ginza, en Tokio.

Sake Tomura, su hermano, encontró la muerte aquella misma tarde, en otro lugar de Tokio, justamente cuando una voz por teléfono, le informaba desde el Departamento de Policía de la capital nipona:

—Lo lamentamos de veras, señor. Varios muchachos, alumnos de su hermano, han sido testigos del suceso. El cadáver ha desaparecido. Estamos buscándolo. Pero en nuestros laboratorios ha sido analizada la paloma muerta que hallamos en el *dojo*, y que, según los alumnos, picoteó a su hermano… Tiene impregnado el pico con un veneno activísimo, que puede matar en cuestión de

segundos, apenas puesto en contacto con la sangre…

Sake Tomura no podía dar crédito a sus oídos, mientras ese informe alucinante le llegaba por el hilo telefónico, mientras terminaba de firmar una serie de documentos en su amplia oficina de ejecutivo de la International Electronic Company of Tokio.

Luego, de pronto, sus ojos se dilataron, fijos en la ventana abierta de su despacho. Una paloma acababa de entrar por ella. Y se precipitaba hacia él…

Capítulo Primero

EL «KENDOKA» NEGRO

Martin Fong señaló la enorme estatua del Gran Buda, en el centro de los jardines frondosos y bellísimos de Kamakura, rodeados por las pagodas y edificaciones japonesas de los siglos XII y XIII.

—Ahí tienen esa maravilla —dijo, sonriente—. La habrán visto muchas veces en el cine, incluso en color y en *scope*. Pero al natural es algo radicalmente diferente. Tiene una significación diferente. Es algo más que una visita turística, contra lo que opinan la mayoría de los extranjeros en este país. El Daibutsu tiene más de setecientos años de antigüedad, está totalmente modelado en bronce, y sobrepasa los trece metros de altura. Pero aparte esos datos de agenda turística, este Gran Buda es como el símbolo de la fe y del amor de los japoneses hacia su religión. Ante ese Buda, uno, aunque no sea budista, comprende lo que significa amar a Dios. A nuestro Dios o al de otros pueblos, que eso poco importa.

El vigoroso, atlético norteamericano de rostro eurásico, sonrió, al terminar su relato. A su lado, Howard Mortimer, su hija Georgia y su secretario y hombre de confianza, Ralph Cannon, contemplaban las bellezas naturales de la encantadora ciudad costera, situada a menos de cincuenta kilómetros de Tokio. Tenían un buen cicerone en el joven Martin Fong, el hombre en quien se mezclaba la combatividad americana de su sangre materna, con la ancestral serenidad de su rama paterna, la de su padre, de raza oriental.

Nadie, viendo a aquel hombre con aire de ejecutivo, hubiese podido imaginar que, en realidad, se tratara de uno de los más importantes elementos del Servicio de Inteligencia de Estados

Unidos en el Japón. Y también uno de los más expertos luchadores de raza no enteramente oriental, en el país del Sol Naciente. Martin Fong era séptimo Dan de Aikido, octavo Dan de Karate y cuarto Dan de Judo. Artes marciales que le habían sido útiles más de una vez en el desempeño de su misión al servicio del Gobierno de Washington y sus aliados. Pero que también le habían dado prestigio y fama como simple *Budoka*.

—Ahora, entremos en el templete rojo —señaló Martin Fong hacia la edificación—. Es ya todo lo que nos queda por ver, antes de ir a cenar a un restaurante tradicional japonés, donde les será dado saborear los más exquisitos manjares del país, desde el *sukiyaki*, si prefieren la carne y las verduras, hasta la *tempura*, si sus gustos se inclinan por los mariscos y pescados frescos; para beber, podrán elegir entre la cerveza japonesa, que es de una calidad sorprendente, o el tradicional sake, o vino de arroz.

—Nos ha abierto usted el apetito terriblemente, mi querido Fong —señaló riendo el vigoroso y arrollador Howard Mortimer, hombre de empresa, magnate de la industria americana en su país y en el extranjero, dirigente de una famosa multinacional—. Pero eso tendrá que esperar. No quiero irme de esta ciudad sin ver todos sus encantos. A fin de cuentas, el regreso a Tokio será cosa de pocos minutos. Supongo que mi hija estará de completo acuerdo conmigo…

—Oh, sí, papá —asintió Georgia Mortimer, radiante, echando a andar hacia el templete rojo, de madera lacada en tornos escarlata, salpicada de dragones y motivos míticos japoneses—. Por nada del mundo, ni siquiera por esas exquisiteces culinarias, me perdonaría dejar de ver las maravillas de un sitio como éste. Japón me encanta. Kamakura me encanta… Y ese Buda gigantesco, me fascina. Parece tan… tan dulce, tan apacible, a pesar de su volumen…

—En Oriente, todo es dulce y apacible —comentó Ralph Cannon, frunciendo el ceño, y mirando en torno con su expresión habitualmente hosca, que hacía evocar inevitablemente a la vista de sus facciones y gesto, la imagen del mejor Humphrey Bogart de los años cuarenta—. Hasta que, de pronto, un día deja de serlo…

—Evidentemente, el señor Cannon no ha podido olvidar aún el Paralelo 38, el bombardeo de Pearl Harbor o el incidente del golfo de Tonkín —rió entre dientes Martin Fong—. Pero tenga usted en

cuenta, querido señor Cannon… que ellos tampoco han podido olvidar aquí el bombardeo de Hiroshima o Nagasaki… Y, sin embargo, no culpan de ello a *lodo* Occidente, sino sólo a unos pocos…

Cannon pareció sorprendido de modo desagradable por lo que juzgaba dudoso americanismo de Martin Fong, en favor de alguna inocultable simpatía hacia los orientales. Pero ya el atlético agente especial, norteamericano, y los ilustres visitantes de Japón que estaban disfrutando de su hospitalidad amistosa, se adentraban por unos bellísimos y bien cuidados jardines, para entrar en la umbría y serena paz de un templete rodeado por canales de agua cristalina, entre crisantemos y cerezos, con puentecillos que parecían trazar su graciosa curva en dibujos de tapices y porcelanas, y no en el espacio tridimensional de la propia realidad.

Ya caía la tarde, y los visitantes eran escasos en el parque de Kamakura. Los últimos salían del templete, cuando Martin Fong y sus tres acompañantes penetraban bajo los tejadillos superpuestos, entre las doradas estatuas de los dragones sagrados. Alrededor de ellos, todo se difuminaba, en un mundo de paz, susurros, calma y penumbras azules.

—Estaba pensando si esta noche nos será posible ver al profesor en Tokio, amigo Fong —dijo de pronto el magnate americano, con cierta preocupación que el ambiente idílico del paraje no podía ahuyentar del todo.

—Tenemos su palabra, señor Mortimer —sonrió Fong, encogiéndose de hombros, con un destello de agudeza y de remota tensión en sus pupilas grises y sagaces—. No tema nada. Hoy mismo sabremos si, realmente, el profesor tiene aquello que usted ha venido a buscar… y que conviene esté en nuestro país antes que en ningún otro, si la realidad se aproxima siquiera remotamente a los informes ultrasecretos de que disponemos. Para eso está usted aquí en estos momentos… y para eso estoy yo en Tokio, representando a nuestro país. No tema. Todo saldrá bien, estoy seguro. El profesor es hombre de palabra. Y de honor.

Howard Mulligan pareció más tranquilo con las palabras pronunciadas firmemente por Martin Fong, su anfitrión y cicerone en aquella visita turística a los alrededores de Tokio, que había de preceder a otras tareas más serias y profesionales.

Sobre el parque de Kamakura, planeó con suave ronroneo un helicóptero, rompiendo en parte la calma del lugar. Luego, se alejó sobre la espesura, en el atardecer, perdiéndose en la distancia el ruido de su motor.

Georgia Mortimer contemplaba entusiasmada las estatuillas y tapices del templete escarlata. Ralph Cannon, más indiferente a las bellezas orientales, se asomaba a un balconcillo de madera lacada, contemplando unos cisnes que se deslizaban majestuosos sobre el agua del canalillo circundante. En la distancia, unas jóvenes niponas, con kimono y sombrilla, parecían dibujar un cuadro tradicional con policromas pinceladas.

—Ahora, ya está visto todo —sonrió Martin Fong risueñamente —. Vamos ya, si lo desean, y regresaremos a Tokio…

Miró con curiosidad al hombre que hacía ahora su entrada en el templete rojo. Parecía un visitante más. Un alto, fornido, casi gigantesco visitante, de músculos extraordinariamente desarrollados, sin duda alguna. Llevaba un kimono de amplias mangas, color rojo y negro.

Era un oriental de cráneo rapado y moño, como un luchador de *Sumo*.

Al llegar frente a Martin Fong, de súbito, hizo un gesto rápido, y se deshizo de su kimono sin llegar siquiera a tocarlo con sus manos. Luego, se encaró con el nipo-americano, y gritó guturalmente algo en japonés:

—*¡KIAI! ¡MEN!*

Y se precipitó sobre él, enarbolando los brazos que había dejado al descubierto su kimono, mientras Georgia Mortimer gritaba, aterrorizada, y su padre y Cannon no sabían qué hacer, petrificados por la inesperada situación.

Martin Fong se puso inmediatamente en guardia, como buen *Budoka* que era, apenas captó en la voz del adversario la doble advertencia: su grito de autoexaltación a la lucha, y aquella rara mención en japonés de la palabra *men*, que no era sino el aviso previo que, para un golpe de sable al rostro, lanzaría un *kendoka*, antes de atacar.

Pero ni aquel adversario vestía de *kendoka*, ni su arte era tal. Pero eso sí, sus brazos tampoco eran los de un *budoka* normal.

¡Los tenía amputados hasta el codo, y en lugar de antebrazos y

manos, el enemigo que se le venía encima con un salto feroz, tenía DOS ANCHAS HOJAS DE ACERO AFILADO!

Dos mandobles centelleantes en vez de brazos…

Un siniestro budoka que no poseía manos, pero sí filos de acero, capaces de decapitar a un adversario o, como mínimo, mutilarle cualquier miembro que alcanzase con ¡sus temibles sables ortopédicos!

—¿Qué monstruosidad significa…? —comentó roncamente Martin Fong, al tiempo que tintaba con agilidad increíble el primero y terrible *kihon*, o golpe dado en el aire. Silbó la centelleante cuchilla en el vacío, rozando su chaqueta sin herirle.

Los sobrecogidos testigos de la escena, los Mortimer y Ralph Cannon, no sabían qué hacer en aquellos momentos. Eran como petrificadas estatuas formando parte de la decoración del templete escarlata, las miradas fijas, como hipnotizadas, en aquel increíble luchador rapado, de rostro brutal y ojos helados, que atacaba a su amigo y cicerone con las armas más inauditas imaginables…

Pronto comprendió Martin que se las había con un expertísimo karateka. Sólo que los golpes de aquel mutilado eran infinitamente más terribles y mortíferos que los del más consumado y poderoso budoka del mundo, ya que un simple *kime* o impacto poderoso, significaría un destrozo mortal, irremediable.

Aquello rompía todas las normas de las nobles Artes Marciales. En el rostro y en el gesto de su enemigo, no captó nobleza ni lealtad alguna. Su aviso, antes de lanzarle al rostro un impacto de sus hojas de acero en movimiento, no había sido sino puro instinto, un grito de autoconcentración, para disparar con más fuerza su energía vital:

Ahora, otro Intento rasgó su manga con un chirrido escalofriante. Vio colgar el tejido roto, y comprendió que aquellos filos eran como navajas de afeitar…, pero infinitamente más anchos, poderosos y largos. Movidos, además, con la destreza vertiginosa e Implacable de un luchador oriental. Un luchador que no hacía de su capacidad arte o competición de ningún tipo…, sino un modo de matar.

Mortimer, de pronto, pareció despertar de un letargo, tras ver cómo un *Mate*, o giro veloz del cuerpo de Fong, para evitar otro impacto, era seguido por un fallido Intento del americano nipón, para alcanzar a su terrorífico adversario, con doble Intento, primero

de un *Uraken-Shomen* del puño derecho a la cara del contrario, y luego de una desesperada *Mae-Geri-Chudan*, o disparo del pie derecho con potencia, hacia la garganta del hombre de los brazos de acero.

Falló en ambas ocasiones, porque no era Igual chocar contra unos brazos humanos, que protegiesen un cuerpo, que contra filos de acero Incisivo, y hubo de recular velocísimamente, para impedir que esos filos se hincaran en sus manos y pies.

Cuando Howard Mortimer corrió hacia el exterior del templete para pedir socorro, fue a chocar con el nuevo peligro inesperado. Su hija gritó:

—¡Cuidado, papá!

El magnate se paró en seco, horrorizado. De la espesura de los jardines de Kamakura, brotó un personaje fantástico, como surgido de un viejo grabado de los *samurais* japoneses. Y no era un *samurai*, aunque a un profano pudiera parecérselo.

Martin Fong, enzarzado en la alucinante lucha con su rival de los brazos de acero, descubría en ese momento el nuevo acontecimiento y lanzaba un grito de asombro:

—¡Un *kendoka*! ¡Atención, señor Mulligan! ¡Su sable es de acero, no de bambú! ¡Cuidado!

Y así era. El *kendoka* de negros ropajes e Impenetrable
Migi-Men
(o Máscara), alzaba ante el magnate americano una *katana* afiladísima, no una *Shinai* de bambú…

Petrificado por el terror y la sorpresa, Mortimer ni siquiera se atrevió a dar un paso más. Mientras tanto, Martin Fong lograba dar al fin alcance a su enemigo, con un seco y certero *Uchi-Ude-Uke*, que hizo temblar a la temible mole del *budoka* del cráneo rapado.

Sin embargo, éste pudo replicar, con gran rapidez de reflejos, con un *Zen-Kut-Su-Dachi* casi Imprevisible para Fong. A pesar de ello, saltó atrás Fong, evitando la virulencia en el Impacto. Eso Impidió que el filo de uno de los estremecedores brazos ortopédicos del monstruo humano le degollara limpiamente. Pero no bastó para evitar el roce simple de aquella hoja fulgurante.

Un roce que bastó. Era la muerte.

Martin Fong lo Intuyó con una rapidez pasmosa. Se quedó como clavado en el suelo, miró hacia su antagonista, en cuyo rostro brutal

se dibujaba la mueca cruel de una extraña helada sonrisa. Notó que goteaba sangre de su garganta, arañada superficialmente por el tremendo filo de acero.

Y comprendió. Comprendió inmediatamente.

De un modo borroso, a su mente acudió el recuerdo de un informe extraño, recibido aquella mañana en su oficina de la aparente empresa importadora de Tokio que servía de pantalla a sus actividades para el Servicio de Inteligencia norteamericano. Un informe escueto y sorprendente, alusivo a dos compañeros suyos de los *dojos* nipones, de práctica en Artes Marciales:

«Hermanos Toyo y Saki Tomura, desaparecidos después de ser atacados y picoteados por palomas que parecían tener pico cubierto de una sustancia venenosa desconocida. La policía de Tokio investiga el asunto».

Veneno… El pico de un pájaro… Y él… él había sufrido un leve corte. Eso parecía satisfacer a su peligroso rival. Se alejaba ya, para reunirse con el *kendoka* negro, no sin dejar de amenazar con sus filos ortopédicos a los demás componentes del grupo. Alrededor de ellos, en el escenario del drama, sólo había ya penumbras y soledad…

—Veneno… —jadeó, notando que se nublaba su vista y se entorpecían sus ideas. Miró con horror a Mortimer, a Georgia su hija, al secretario Cannon, a su asesino, al *kendoka* negro… A todos. Y susurró, tambaleante, notando el frío de la muerte en rápido avance hacia su corazón por el camino sanguíneo de sus arterias—: Esas cuchillas… están envenenadas… Es… es la muerte… Pero ¿Qué significa…? ¿Por qué…?

Se desplomó en el suelo de baldosas del templete escarlata. De los setos y arbustos surgían nuevos *kendokas* de ropajes grises y azules, rodeando al *kendoka* negro…

Todos con sables de acero. Todos con el rostro velado por sus cascos de acero enrejado. Todos amenazando a los ocupantes del templete, mientras se aproximaban al caído Martin Fong…

—Dios mío… Padre, ¿qué está ocurriendo? —gimió Georgia Mortimer, pálida y con el horror asomado a sus bellos ojos claros, dilatadamente fijos en las fantasmales figuras de arte marcial y rostro invisible, que parecían surgir de un túnel del tiempo, para poner una nota anacrónica y siniestra en el apacible lugar.

—Si lo supiera, hija… —jadeó el magnate, demudado, cambiando una mirada con su secretario, Cannon, cuyo gesto también denotaba perplejidad. Y miedo.

—No intentemos nada —silabeó el secretario roncamente—. Parecen dispuestos a todo…

En el profundo silencio que reinaba en el templete rodeado de idílicos parajes ajardinados, sólo el rumor de los pies descalzos de los *kendokas*, asomando por debajo de su negro faldón o *hakama*, era perceptible ahora.

Inmediatamente después, un ruido más potente lo invadió todo, y una sombra emergió tras los macizos de arbustos y las arboledas del parque, para planear inmóvil sobre el lugar exacto de la tragedia.

El helicóptero.

Había vuelto. Y era un helicóptero provisto de dos propulsores helicoidales, de los de gran tamaño, como aquellos destinados a cubrir líneas de viajeros regulares. No mostraba ningún distintivo especial, y de sus portezuelas laterales cayeron dos escalerillas plegables, por las que comenzaron a escalar los *kendokas*. Uno de ellos envainó su sable y cargó con el cuerpo inmóvil de Martin Fong, iniciando el ascenso.

Por otra escalerilla, con increíble agilidad simiesca, sin tocar las cuerdas con sus brazos de sable, ascendía ya el luchador mutilado, el hombre de las cuchillas de acero. En ese instante, Howard Mortimer tuvo un arranque de audacia y decisión.

—¡Esperen, malditos todos! —rugió, adelantando unos pasos, ante el asombro preocupado de su hija y su secretario—. ¿Adónde se llevan a ese hombre? ¿Qué significa todo esto?

El *kendoka* negro permanecía inmóvil, inmutable, fija en él su mirada invisible, en las sombra profunda que, sobre su rostro anónimo, proyectaba la rejilla de acero de su

Migi-Men

. Las manos engarfiadas sobre el *ken* o empuñadura de su sable, permanecían inmóviles bajo los pesados guantes de piel. Era el único personaje del misterioso grupo que iba calzado con una especie de mocasines de hule negro que cubrían por completo sus pies, desnudos en los demás miembros de la expedición. Pero aunque no se movió siquiera al escuchar las palabras imperiosas del

industrial norteamericano, un sonido gutural escapó del interior de su máscara de acero. Algo que sólo uno de sus *kendokas* entendió.

Rápido, éste se volvió hacia Mortimer y sus acompañantes, y arrojó algo, con su mano zurda, a pies de los tres turistas. Estalló un óvalo de vidrio en el suelo, ante ellos. Un repentino nubarrón de vapor amarillento brotó de los fragmentos del objeto quebrado. Les envolvió.

Quisieron combatir contra aquel humo envolvente. Era imposible. Tosieron apenas durante un par de segundos. Luego, cayeron pesadamente al suelo brillante, embaldosado, del ahora solitario templete perdido en la umbría tarde de los jardines de Kamakura, a la sombra del Daibutsu o Gran Buda. Y en la soledad y silencio del atardecer, ya casi desierto el recinto sagrado…

El helicóptero recogió finalmente al *kendoka* negro, que fue el último en subir las escalerillas con rígida seguridad. Luego, sus hélices giraron con fuerza, resonaron sus motores, y la nave se alejó en la apacible tarde nipona, hacia las desiertas playas de las cercanías.

La tragedia había terminado en Kamakura. Todos los sucesos acaecidos en el templete, apenas si habían durado en realidad seis o siete minutos. Ahora, los tres americanos yacían inconscientes en sus espejeantes baldosas.

Y su anfitrión y amigo, Martin Fong, *budoka* americano y miembro del Servicio de Inteligencia de Estados Unidos en Japón, había muerto, envenenado por alguna sustancia aplicada al filo de los dos sables que un extraño luchador sin brazos tenía por extremidades.

Su cadáver, como el de sus compañeros de afición en las Artes Marciales, Toyo y Saki Tomura, había desaparecido. Se lo llevaron sus asesinos.

Y eso era sólo el principio.

Pocos días más tarde, en Seúl, el octavo Dan de *Tae Kwon Do,* el honorable Tse Kunsi, era víctima del ataque de una paloma misteriosamente enfurecida, que le picoteó, causándole la muerte. Esta vez, el luchador coreano pudo ser trasladado con urgencia a un hospital donde no se pudo hacer otra cosa que certificar su fallecimiento, y de allí se le condujo al depósito de cadáveres para su autopsia.

Jamás se le llegó a practicar. El cuerpo desapareció de la Morgue de Seúl, sin dejar el menor rastro. En el período de pocos días, era el cuarto luchador de prestigio que desaparecía en Asia. Pero eso es algo en lo que quizá nadie hubiera fijado su atención, de no ser porque alguien, un testigo de la súbita y trágica muerte del joven y vigoroso coreano, le oyó pronunciar unas palabras en su agonía. Unas palabras insistentes, que el infortunado repitió, antes de que la parálisis provocada por el veneno inoculado en sus heridas le produjese el mutismo total:

—Es preciso… avisar a mis amigos… de San Francisco… Mis amigos… están también… en peligro… Ellos son los mejores… Los tres mejores luchadores… Ellos… están en peligro… Hay que avisar a los tres… a los Tres Dragones de Oro… Pueden morir como los Tomura, como Fong, como yo… ¡Avisen a los Tres Dragones de Oro! Es… es la muerte cierta… y ahora les acecha a ellos. Lo… lo sé…

El testigo accidental de esas palabras, era el oficial de la policía surcoreana Ki Wang. Tomó nota de todo lo que escuchara, con fría eficiencia. Luego, averiguó una serie de datos procedentes de la policía japonesa, una vez en su despacho de Seúl. Y con todo ello, optó por ponerse en contacto con la policía de San Francisco de California, en Estados Unidos de América.

Sencillamente, remitió un télex informando de lo sucedido, y avisando del peligro que se cernía sobre ciertas personas de San Francisco, tres exactamente, que respondían al extraño nombre de los Tres Dragones de Oro.

El mensaje llegó a San Francisco. Pero llegó un poco tarde.

Cuando la Muerte ya había localizado a sus víctimas propiciatorias. Tres personajes llamados los Dragones de Oro…

Capítulo II

DRAGONES EN PELIGRO

Lena Tiger sabía cuáles podían ser los mil rostros de la Muerte.

Aquél era uno de ellos. Uno de los más espantosos que podía imaginar.

Miró a ambos lados de la larga calle solitaria, delimitada por la alta cerca de la fábrica y por los embarcaderos. El aire frío y húmedo de la noche agitaba las luces portuarias, haciéndolas bailotear en la oscuridad. Lloviznaba sin demasiada intensidad, pero lo suficiente para resultar molesto.

Sin embargo, nada de todo eso preocupaba ahora a la hermosa, flexible y esbelta mulata. Bajo los cabellos crespados, rizados, a lo Ángela Davis, el bello, armonioso rostro broncíneo de la joven, reflejaba tensión. Sus ojos dilatados, astutos, revelaban una mezcla de incertidumbre y de aprensión.

No temía a nada. A nadie. Ni siquiera a la muerte. Pero *aquello*… parecía diferente. Era *otro* rostro de la Muerte. Uno que ella no había conocido antes de ahora.

Aquella faz brutal, aplastada, de ojos entornados como simples rendijas brillantes, en cuyo fondo centelleaban dos púas de acero. Aquel cráneo rapado, brillando como una esfera de marfil grasiento, a la claridad insegura de las luces bailoteantes…

Y, sobre todo, los brazos…

No eran brazos siquiera. Sólo dos sables. Dos hojas de acero, sujetas ortopédicamente a los codos mutilados del extraño luchador. Estaba practicando *kumite* ante ella, es decir una esgrima de manos de karateka, puesto en guardia, a la espera de atacar. Sólo que no tenía manos. Ni antebrazos. Sólo dos filos centelleantes que hendían

el aire con un siniestro silbido, al buscar su cuerpo.

Había aparecido de repente, tras uno de los *docks* portuarios. De repente, Lena Tiger comprendió todo fácilmente. La cita había sido una trampa. No había nadie que necesitara allí de su ayuda. Ningún hermano de raza negra que hubiera pedido el apoyo de Lena Tiger, uno de los Tres Dragones de Oro. Todo eso formaba parte del cepo. La habían conducido a una emboscada.

La joven morena se encogió, en guardia. Bajo su suéter oscuro, ceñido, donde destacaba el dragón dorado del que habían hecho los tres su símbolo, el pecho arrogante de la muchacha palpitaba con fuerza, pero rítmicamente. No se había alterado, salvo en adoptar su postura de cautela y espera. Era una *aikidoka* consumada. Sabía lo que tenía que hacer frente a cualquier enemigo. Sólo que éste… era diferente a todos los demás.

Lena Tiger estaba ahora mismo en *kamae*. Y conservando su
Ma-Ai
. Es decir, lo que en el lenguaje del *aikido* significaban, respectivamente, mantener postura básica y guardar la distancia adecuada. *Aikido*, era armonía y belleza. Era ausencia de violencia, pero era la forma de encauzar la violencia ajena, pudiendo incluso matar, si el instinto asesino venía del adversario.

Y eso es lo que sucedió ahora. El luchador siniestro, el hombre de los monstruosos brazos prolongados en hojas de acero, saltó sobre ella. La furia homicida se leía en su rostro cruel y deforme, de auténtica pesadilla…

—¡Vas a morir, hermosa pantera negra! —jadeó roncamente el *karateka* sin brazos.

Y su zambullida lanzó hacia el rostro y cuello de la joven morena sus temibles filos centelleantes. Éstos silbaron agriamente en el aire húmedo de la noche, bajo la llovizna.

Lena tenía una mente fulgurante y una rapidez de reflejos fabulosa. Realmente, el símil dado por el amenazador aviso del luchador de brazos de acero, era certero. Parecía una auténtica pantera humana, de lustrosa piel oscura, color café suave, que la noche y la escasa luz del paraje portuario hacía parecer más negra de lo que realmente era.

Su acción precisa para eludir el doble filo asesino, fue practicar una *Mae-Ukemi*, o caída hacia adelante, vertiginosa y elástica, que

hizo zumbar por encima de su cuerpo las dos hojas de metal afilado. No la tocaron ni de lejos.

Pero los ojos agudos, brillantes y vivaces, de la hermosa pantera humana, habían captado algo inquietante en uno de los filos de los sables ortopédicos de su enemigo: una sustancia grisácea manchaba la hoja. Parecía embadurnar todo el filo.

¿Veneno? Si era así, un simple roce, un arañazo, bastaría para matar. La situación se hacía terriblemente difícil para la hermosa *aikidoka*.

Y, por si ello fuese poco, un chasquido, a su espalda, le reveló algo inquietante, de verdad aterrador, ¡había *otro* adversario tras de ella!

Le descubrió aun sin girar la cabeza, reflejado en el cristal oscuro y polvoriento de una ventana de un almacén desierto y sombrío, donde la luz de una lámpara del alumbrado callejero se reflejaba, haciendo espejo de aquel vidrio. Allí descubrió la figura de un nuevo karateka que se dirigía cautelosamente hacia ella.

Era otra especie de monstruoso adversario, muy difícil de vencer. Su estatura sobrepasaría sin duda los siete pies[1], y su volumen hacía calcular su peso, aproximadamente, en unas trescientas libras[2]. Era un gigante, un coloso descomunal, de enormes músculos y poderosa humanidad, de cabeza ovalada, pelada como la del otro agresor, y cubierta, en su casi totalidad, por una especie de antifaz o mascarón de duro metal, que haría imposible causarle daño en nariz, mentón, boca, sienes, frente o pómulos, ya que esa máscara, un armazón de acero ceñido a la cara como una careta carnavalesca, le protegía los puntos débiles de su rostro.

Por si eso fuera poco, los inmensos, demoledores puños del colosal karateka emergido de la noche a sus espaldas, cubrían sus nudillos y palmas con *shukos*, o «garras de tigre», como eran también llamados aquella especie de guantes o aros envolventes rematados por agudas púas de metal, capaces de desgarrar a cualquiera. Aquel monstruo gigantesco, era una enorme mole destructora, capaz de triturar a cualquiera. Incluso a Lena Tiger, la gran *aikidoka* que formaba parte de los Tres Dragones de Oro.

—Creo que empieza a ponerse feo… —susurró ella, buscando para sus espaldas la protección de un muro de ladrillos, y así

afrontar cara a cara a los dos extraordinarios y terroríficos combatientes de arte marcial. Un arte marcial mal utilizado en su caso, ya que era un arma asesina al servicio de unas mentes criminales.

El bramido del coloso de la cara cubierta por la carátula de acero moldeado, coincidió con el nuevo salto *Yop-Cha-ki*, más propio del *Tae Kwon Do*, o Karate Volador, que de una técnica pura de karate en sí, del agresor de las manos de sable.

También el enmascarado de metal apuntó con su puño a la frente de Lena, en un golpe devastador de *Oie-Tsuki-Jodan*, que de alcanzarla con aquella mano maciza y gigantesca, guarnecida de púas de acero, le trituraría virtualmente el hueso frontal y, con él, todo su rostro.

Lena era la auténtica pantera negra en esos momentos; un felino increíble, de una elasticidad fabulosa. Emitió un ronco grito su boca, que se potenció súbitamente, hasta alcanzar toda su potencia, su concentración casi mágica, de pura energía espiritual, en un grito que pareció estallar como algo sólido, y rebotar con ecos escalofriantes en los muros de los sórdidos edificios cercanos, rompiendo incluso el ritmo mismo de la lluvia:

—¡KIAI!

Y Lena Tiger fue como un vértigo de músculos, nervios, tendones y fibras vivas, un culebreante cuerpo broncíneo, disparado en actividad pura, tras exhalar entre los carnosos labios y las dilatadas aletas de su breve naricilla el *Nogare*, o profunda respiración, especial del karateka en momentos de máxima actividad físico-mental.

Resultó pasmoso en qué forma los brazos y piernas felinos de Lena Tiger, se dispararon como muelles bien ensamblados, en aquel cuerpo elástico y vital.

Una patada circular o *Dol-Liyo-Cha-Ki* disparada por la pierna zurda de Lena, alcanzó de lleno al estómago del hombre de brazos de sable, doblándole en un espasmo, tras el tremendo *kime* sufrido. Era, ciertamente, el máximo de potencia posible en un impacto de pie. El temible enemigo reculó, tosiendo secamente, sin aliento, hasta apoyar sus filos de acero en el suelo.

Casi simultáneamente, con no más de una décima de segundo entre la patada circular de la bella *aikidoka* de color, y la *kata*

siguiente, fue el enmascarado de acero el que sufrió en su garganta un potentísimo *Ole-Tsuki-Chudan*, con el brazo y puño derecho, que le lanzó, dando una voltereta espectacular, contra los vidrios de una ventana, donde se estrelló violentamente.

Lena Tiger respiró con profundo alivio, tras esa parcial victoria. Pero no podía hacerse muchas ilusiones. Y no se las hacía. En cosa de segundos, ambos estarían nuevamente dispuestos. Lo único que podía hacer, era intentar salir de aquella trampa de muerte, tras su brillante y contundente exhibición de *aikido*.

Pero pronto supo que era más difícil aún de lo previsible. El hombre de los sables ortopédicos, estaba incorporándose, con un jadeo inhumano entre sus labios crispados, la mirada llameante, el rostro convulso por el odio, afeándolo aún más, hasta parecer una carátula grotesca y maligna.

En el otro extremo de la callejuela húmeda y solitaria, ya se incorporaba también, sacudiendo su metálico cráneo con aire aturdido, el enorme, gigantesco luchador.

Todo volvía a estar igual. Y Lena estaba segura de que aquellos brazos de afilado metal podían causarle la muerte con un simple roce…

Fue entonces cuando un grito agudo y vibrante retumbó en la noche, no lejos de ella invadiendo la zona con su poderoso clamor:

—¡KIAI…! ¡Animo, Lena! ¡Aquí estamos…!

Ella giró la cabeza, lanzando un ronco grito de júbilo. Del extremo de la calleja portuaria, llegó rumor de pisadas. Dos figuras harto familiares para ella, asomaron en el escenario de la feroz batalla.

—¡Frank! ¡Kwan! —exclamó la joven, con ojos centelleantes—. ¡Aquí! ¡Dios os bendiga!

Eran ellos: Frank Cole y Kwan-Shang. Sus amigos, sus camaradas. Con ellos al lado, ya nada podía temer. Nada temía. Miró, desafiante, a los dos adversarios, que parecían repentinamente aturdidos.

Antes de que Lena pudiese advertir a sus dos compañeros sobre el peligro que, a su juicio, suponían los filos de los dos sables ortopédicos, con aquella sustancia misteriosa que podía representar la muerte cierta… ambos luchadores escaparon.

Emprendieron la fuga a la carrera, perdiéndose entre los oscuros

y destartalados edificios de los *docks* de The Embarcadero. Sus extrañas, diabólicas siluetas, se perdieron definitivamente en las sombras, antes de que Frank Cole y Kwan-Shang llegasen junto a la muchacha de color.

—Lena… —jadeó Frank, al llegar junto a ella, tomándola con energía por un brazo—. ¿Qué es lo que sucedió?

—Una emboscada, Frank… —musitó ella—. Me citaron aquí para ayudar a un viejo amigo en apuros. Era mentira. Esos hombres… intentaron asesinarme. Eran extraños… Nunca vi luchadores iguales. Muy expertos. Pero también con medios fuera de lo común…

—¿Qué quieres decir? —terció el joven chino, mirándola con sorpresa al llegar junto a ambos.

—Kwan, ocurre algo inexplicable aquí… —habló Lena Tiger, pensativa—. Creo que uno de ellos llevaba veneno en sus sables. Y el otro…, el otro tal vez lo llevara del mismo modo en las púas de sus *shukos*…

—¿Sables? *¿Shukos?* —repitió Cole, intrigado—. ¿Eran guerreros japoneses, acaso?

—Lo parecían… Pero los sables a que me refiero… formaban parte de los brazos de uno de ellos. Desde sus codos. Era un mutilado con dos antebrazos en forma de hojas de acero cortante… El otro era un coloso, un gigante invencible, con una careta de metal protegiendo su rostro… Nunca vi gente parecida a ésa…

—Entiendo —asintió Cole, ceñudo—. Vamos, Lena. Será mejor regresar a casa.

—Sí, creo que sí —suspiró ella, mirando en torno suyo, a las sombras de la noche lluviosa—. Pero me pregunto… ¿por qué estáis aquí vosotros? ¿Qué os hizo venir?

—Hablaremos de eso cuando estemos en casa —suspiró Cole—. Entonces lo comprenderás mejor. Pero, ciertamente, creo que has estado muy cerca de la muerte…

—Lo imaginaba. El veneno…

—Sí. Había veneno, seguro. Si no estamos en un error, cualquier roce con sus armas, hubiera significado el fin para ti…

—Pero ¿por qué? ¿Por qué a mí, precisamente? —se extrañó Lena Tiger, mirando con estupor a Cole.

—No, no se trata solamente de ti —sonrió duramente el alto y

atlético norteamericano, conduciendo ya a Lena hacia el otro extremo de la calleja, calmosamente, seguidos por Kwan-Shang—. Lo cierto es que los tres peligramos en este momento. Hay alguien que ha planeado asesinarnos a todos. A Kwan, a ti… y a mí.

Capítulo III

SANTUARIO

—Asesinarnos… ¿por qué?

—El motivo, es un completo misterio. Un absoluto enigma. Lo único cierto es que estamos en peligro. Alguien ha sentenciado a muerte a Los Tres Dragones de Oro. ¿Sabes lo que eso significa?

—Sí. Lo sé. Pero también sé que no será tarea fácil para nadie.

—Exacto, Lena —suspiró Frank Cole, paseando por la amplia estancia sin aparentes salidas o aberturas al exterior, segura y hermética por lo tanto—. No será fácil. Pero ya tenemos un ejemplo previo nada tranquilizador: esa gente pudo haberte eliminado a ti sin dificultades, de no haberse dado el caso de que tú seas tan extraordinaria luchadora… y de que nosotros llegásemos antes de que surgieran nuevas complicaciones para ti.

—Todavía no sé cómo se os ocurrió acudir allí…

—Supimos adonde ibas, al leer tu mensaje, puesto que todos, cuando nos ausentamos en solitario para alguna tarea, dejamos siempre ese informe a los demás, en previsión de cualquier complicación. Se ha demostrado que era una medida prudente. Luego, cuando supe por la policía lo sucedido…

—¿La policía? ¿De qué te informó? ¿Ha ocurrido algo grave?

—Sí, Lena. Muy grave —asintió seriamente Cole, frunciendo el ceño y deteniéndose ante el gran tapiz que, con un dorado dragón sobre fondo negro, presidía un muro de la estancia de su cuartel general—. Varios amigos nuestros, excelentes amigos por cierto, han encontrado la muerte. Luego, han robado sus cadáveres.

—¿Dónde ha ocurrido eso? ¿En San Francisco?

—No, no. Ni siquiera en Estados Unidos. En Japón y en Corea.

Exactamente, en Tokio, Kamakura y Seúl… Desde esta última ciudad, nos ha sido transmitido un mensaje de advertencia por la policía coreana. Hay orden, al parecer, de asesinarnos también a nosotros tres. Lo de esta noche en los muelles, lo confirma sin duda alguna.

—Pero ¿por qué, Cole?

—Te repito lo que antes dije: no lo sé.

—¿Ni tampoco… *quién*?

—Tampoco. No tenemos la menor idea del origen de todo esto; Pero lo cierto es que ha sucedido.

—Todas las cosas tienen siempre un motivo, Frank —comentó Kwan-Shang, pensativo, con un brillo de astuta reflexión en sus ojos almendrados—. La cuestión estriba en buscarlo. Y encontrarlo.

—Lo sé, Kwan. También existe siempre un culpable de todo lo malo que sucede en el mundo. Sólo que no tenemos sospecha alguna sobre razones o identidad de persona de ningún tipo, como responsable de los que son ya cuatro extraños crímenes, en los que se ha utilizado, al parecer, un veneno activísimo para terminar con la vida de unos hombres que, dada su categoría como luchadores de Artes Marciales, hubiera sido difícil despojarles de ella por la violencia pura y simple.

—Además, está el detalle insólito del robo de esos cuerpos, una vez cometidos los asesinatos… —apuntó gravemente Lena Tiger, con su enérgica barbilla apoyada en sus manos y los codos en sus rodillas.

—Exacto, Lena —admitió Cole—. Eso no tiene aparente sentido. Pero, como dice Kwan con su proverbial sensatez, cuando ha sucedido, es que el sentido está en alguna parte, por muy oculto que se halle a nuestros ojos, y eso es lo que cuenta.

—¿Qué sucedió, realmente?

—No lo sé con detalles precisos. Acabo de solicitarlos a Tokio, pero dispongo de un informe de la policía coreana, de nuestro buen amigo el oficial Ki Wang, de Seúl, según el cual, los hechos han sido así, a grandes rasgos —y refirió los datos que poseía en esos momentos, sobre dos muertos, bajo el pico de una inocente paloma, en dos lugares diferentes de Tokio, un *dojo* de la calle Ginza y un despacho de una importante empresa electrónica, en el centro comercial de Marunouchi, otra muerte a poca distancia del

gigantesco Daibutsu de Kamakura, bajo el filo del sable ortopédico de un monstruoso criminal experto en karate y provisto de dos hojas de acero por brazos, que desapareció a la vista de testigos, igual que un grupo de misteriosos *kendokas*, testigos del hecho, y ladrones del cadáver del envenenado Martin Fong. Finalmente, un cuarto hecho violento, en Seúl, del que era víctima el luchador de *Tae Kwon Do*, Tse Kunsi. Éste y Martin Fong, habían sido amigos personales de Frank Cole.

Escucharon en silencio Lena y Kwan. La mención de algunos hechos, hicieron formular ciertas preguntas a los dos amigos de Frank:

—¿Quiénes fueron esos testigos en Kamakura? —quiso saber Kwan.

—*¿Kendokas?* —Era la pregunta de Lena—. ¿Por qué precisamente *kendokas*? Su atavío es molesto y complicado. Muy pesado, además.

—Lo sé. —Frank Cole frunció el ceño, dando unos pasos más por la estancia—. Me he sentido tan intrigado como tú por ese factor. He pedido informes más amplios sobre tal detalle, y estoy esperándolos ahora por varios conductos. Puedo añadiros que los *kendokas*, el luchador de brazos de sable y el cuerpo sin vida aparente de Martin Fong, desaparecieron gracias a un helicóptero de doble hélice y tamaño grande, que sobrevoló la zona antes y después del ataque criminal… No necesito añadiros que me siento tan perplejo y desorientado como vosotros ante esta serie de acontecimientos sin sentido aparente, amigos míos…

Una luz verde brilló dos veces entre los tapices orientales de la recoleta sala. En alguna parte, zumbó un timbre suave. Lena, Kwan y Frank cambiaron una mirada reflexiva. El joven americano sonrió. Su rostro, famoso por la pantalla en color de los cinematógrafos de todo el mundo, como actor de películas de acción rodadas en Asia, reflejó cierta esperanza.

—Creo que tenemos aquí una posible respuesta, amigos —murmuró.

Pulsó una moldura o tecla, oculta bajo uno de los bellos tapices. Se deslizó en el muro un panel en forma de cortinaje o persiana de las llamadas de pintura *Byobu*, dejando al descubierto, bajo la obra artística de técnica *sumiye*[3], un cuadro completo de mandos

electrónicos, con una pantalla iluminada, en la que se veían hasta tres puntos de luz roja sobre el tablero salpicado de indicativos también fluorescentes, de diversos colores, y que hubieran supuesto para cualquiera un verdadero enigma laberíntico e indescifrable.

Sólo ellos tres y sus fieles servidores en el exterior, sabían de qué se trataba: el trazado del interior de la residencia, con sus señales de alarma, sus trampas para posibles intrusos y sus detectores para señalar cualquier incursión peligrosa. Desde aquel *sancta sanctorum*, los Tres Dragones de Oro podían controlar cuanto sucedía en el terreno de su propiedad: el interior del edificio, los jardines exteriores y la alta cerca de su residencia en Telegraph Hill.

Todo aquel sueño había sido posible desde que el encuentro del templo del oro, en un lejano paraje del interior de China, gracias a las llaves que suponían los dragones de oro que fueron motivo de su primera y gran aventura, les permitió obtener una fortuna increíble, que extraída secretamente del continente chino y depositado en un lugar ultrasecreto de Macao, era su actual e inagotable fuente de ingresos. Unos ingresos que se podían contar por miles de millones. Pero todos ellos destinados a un solo fin, sagrado e inviolable: la justicia y el bien para los semejantes en problemas, la protección y la ayuda para los desvalidos del mundo. Con riesgo, incluso, de sus propias vidas.

Era un juramento hecho ante sus conciencias y ante su sentido del espíritu, la dignidad y el honor. Un juramentó que jamás quebrantarían, ni siquiera con su último aliento. Jamás.

—¿Visitas, Frank? —se interesó Kwan.

—Sí, eso es. Visitas —asintió Cole—. Tres personas muy importantes en este país. Los testigos de Kamakura… Howard Mortimer, el magnate de la industria electrónica, de las grandes multinacionales y los *trusts* poderosos… Su hija Georgia, y su secretario, Ralph Cannon, que cobra anualmente tanto, por lo menos, como el presidente de Estados Unidos. Y del que se dice, además, según malas lenguas, que aspira a ser algún día el sucesor de Mortimer…, casándose con su única hija, naturalmente.

Sonrió, pulsando otro resorte. Era la orden, a uno de los empleados del exterior, para que dejara llegar a su presencia a aquellos ilustres visitantes nocturnos, llegados a San Francisco aquel día, con un solo objetivo: ver a los Tres Dragones de Oro.

Evidentemente, algo grave les hacía a tan importantes personajes ir hasta allí. Lo único que Frank Cole había hecho, era ponerse en contacto con Howard Mortimer portelex, allá en Tokio. La respuesta del magnate americano no se había hecho esperar, en un cablegrama urgente y breve:

«Enterado su interés, notifico llegada inmediata Estados Unidos para entrevistarnos. Asunto muy grave. Espero soluciones. Estoy informado sobre ustedes tres. Saludos: *Howard Mortimer*».

Y ahora estaban allí. Ya habían llegado.

* * *

—Su santuario, señor Cole…

—Algo así —sonrió él—. Nuestro santuario, señores.

—Protegido contra todo posible riesgo exterior.

—Tuvimos que hacerlo así. Nuestra asociación se ha hecho demasiado famosa últimamente para nuestra conveniencia. Hoy en día es difícil eludir los medios de comunicación, la popularidad de ciertos hechos… —suspiró Frank Cole con aire resignado—. Nunca pretendemos que nuestras obras sean conocidas por nadie, salvo por aquellas personas a quienes ayudamos desinteresadamente, por estricto espíritu de justicia. Pero no siempre podemos mantener en el anonimato nuestra actitud.

—Y eso les reportará enemigos —apuntó Ralph Cannon.

—Inevitablemente. La justicia no es siempre querida ni deseada por todos. Ni mucho menos. Por ello tenemos adversarios. Y adversarios peligrosos. Dispuestos a todo.

—Dispuestos a todo… con tal de eliminar a los Tres Dragones de Oro —sonrió tristemente Howard Mortimer, mirando muy fijo a su anfitrión.

—Exacto —corroboró Kwan Shang—. Debimos instalar este recinto de un modo muy especial y cuidar de toda clase de medios de protección alrededor del mismo.

—Pero luego han de salir de aquí, arrostrar peligros en el exterior… —apuntó tímidamente la joven Georgia Mortimer.

—Resulta inevitable —admitió el joven oriental con un asomo de sonrisa en su rostro hermético—. Pero sabemos protegernos también allí.

—¿Sin armas? —dudó Cannon.

—Con armas —rectificó suavemente Lena Tiger, desde el rincón

en que se hallaba situada, como simple testigo de la escena—. *Nuestras* armas naturales, señores. Las que la naturaleza donó al hombre, y éste casi nunca sabe utilizar debidamente, confiando más en otra clase de recursos menos nobles y menos valiosos.

—¿Sus manos? —sonrió Georgia, mirando con simpatía a la joven mulata.

—No son sólo las manos —explicó la pantera negra de San Francisco, incorporándose de su asiento con la elasticidad de sus músculos felinos—. Para el profano, un luchador tiene toda su fuerza en las manos, pero eso no es cierto. Las armas en sí, son absolutamente naturales, por supuesto: manos, codos, brazos, piernas, rodillas, pie, talón, cabeza incluso… Todo el cuerpo es una armónica reunión de medios de lucha para defenderse de un enemigo armado. Pero todas esas armas que poseemos y que nadie nos puede arrebatar como se quita una pistola o un cuchillo, pongamos por caso, servirían de muy poco si no hubiera algo que lo controla, lo dirige y lo armoniza todo en el momento adecuado.

—El cerebro —sentenció Ralph Cannon con una media sonrisa.

—No —negó Lena, volviéndose hacia el secretario de Howard—. No es sólo el cerebro, con ser mucho. Hay más. Algo más. Mucho más.

—¿Qué es ello, señorita? —Era ahora el propio Howard Mortimer quien se interesaba por el tema.

—El *Zen*.

—¿El *Zen*? —repitió Georgia—. ¿Qué es el *Zen*?

—El *Zen*… —Kwan Shang movió la cabeza, dando unos pasos por la estancia—. Pregunta usted qué es el *Zen*… ¿Cree que es fácil dar una respuesta? Hay millones de ellas. Pero no serviría ninguna. No, para una mente occidental.

—Sus dos compañeros son occidentales —apuntó Georgia, sorprendida.

—Claro. Pero están mentalizados. Saben qué es el *Zen*… porque ellos *conocen* el *Zen*. Y llegar a su conocimiento, no es nada fácil, señorita Mortimer.

—Aun así, sigue sin darme ninguna de esas respuestas que, según usted, hay a millones —observó ella—. Deme al menos una. Intentaré comprenderla.

—No basta —ahora, era ya Frank Cole quien terciaba en la

charla, con gesto grave y voz serena—. El *Zen* nos es totalmente extraño a todos los occidentales. Lo fue para mí, hasta que aprendí su significado después de años enteros de dedicación a su estudio, a su comprensión. Y aun así, necesité a un Guía, a un *Guru* que me indicase ese Camino, que los japoneses llaman *Do* y los chinos llaman *Tao*. El factor fundamental es el tiempo, la paciencia, la espera sin apresuramientos. Uno, nunca sabe si, realmente, ha progresado en la Vía. El Maestro es quien primero lo nota. —La meta es difícil, muy difícil. Porque ni siquiera sabe uno qué meta es. Se ignora lo que se busca. Por tanto, no hay idea preconcebida alguna. Uno empieza. Y nunca sabe cuándo ni dónde terminará su aprendizaje.

—Pero usted lo terminó.

—Sí, señorita Mortimer. Lo terminé. O llegué más lejos que muchos otros occidentales, no sé. Porque en todo existen grados. En las propias Artes Marciales… y en el mismo *Zen*. El primer grado, es el del alumno o discípulo, y es denominado *Chu*. Equivale a los grados *Kyu* en Artes Marciales. Luego sigue el grado *Ha*, que es cuando ya no se precisa del Maestro, y el alumno trabaja solo, ya que lo que únicamente le falta por saber, lo hallará sólo en sí mismo, no en los demás. Nadie podría hacer ese trabajo por él, nadie puede aconsejarle. Una vez adquirida la maestría, el discípulo es ya maestro, se separa de su *Guru*, y crea su propia escuela, para enseñar a sus discípulos. Es el grado *Li*. El más alto, pero inferior al de *Buda*, o Iluminado. De ese modo, dominada toda una parte del *Zen* —¿cuándo puede saber uno mismo si lo sabe *todo* o sólo *algo*?—, es mucho más simple saber dominar el *Tai*. Es decir: nuestro propio cuerpo. Porque entonces, la lucha no es tal, ni el uso de los miembros humanos es una forma de violencia, sino de amor, de paz, de justicia. Se combate noblemente. Y se combate por simple deporte, por ejercicio físico y mental, sin dañar jamás al contrario… o se combate por algo justo y noble, por defender a personas débiles o en peligro. Y entonces, nuestro *Tai es* solamente instrumento de las más nobles esencias de nuestro espíritu.

Tras la explicación de Frank Cole, se notó que la perplejidad invadía a sus tres visitantes. Nadie estaba seguro de haber entendido. Intuían algo, pero eso era todo. Georgia, con femenina obstinación, insistió:

—Una sola respuesta, por favor. Aún no la tuve. ¿Qué es el *Zen*?

—Un ciprés en el jardín —señaló Kwan-Shang, sonriente.

—Eso no significa nada —protestó ella.

—O lo significa todo —corroboró Lena Tiger, risueña.

—No puedo entenderlo… No tiene sentido.

—Ya se lo dije. Para un occidental no iniciado, es como un lenguaje sin descifrar. —Cole movió la cabeza, pensativo—. Yo le recitaría unas palabras de D. T. Suzuki, señorita Mortimer. No le aclararán mucho más, pero quizá le resulten menos enigmáticas que ese ejemplo de Kwan-Shang: «El *Zen* es nuestro estado ordinario del espíritu: es decir, que no hay nada en el *Zen* que sea sobrenatural, inusitado o altamente especulativo, que pueda desbordar nuestra vida cotidiana». El *Zen* es todo. No hay diferencias: comer, beber, decorar, hacer algo excepcional, como combatir con pies, manos, o con sable o con un *nunchaku*, pintar o escribir, reunir un manojo de flores en Un jarrón, hacer una infusión de simple té…, todo eso es *Zen*. Todo puede ser *Zen*, si nosotros entendemos y vivimos el *Zen*.

Siguió un silencio profundo, meditativo. Los tres visitantes se miraban entre sí, con evidente desconcierto.

Al fin, Howard Mortimer sacudió la cabeza, saliendo de su marasmo, y habló con el sentido práctico del financiero americano, quizá lo más diametralmente opuesto al *Zen* que pudiera imaginarse:

—Bien, señor Cole. No hemos venido a convertirnos en discípulos de su extraña y profunda filosofía, por mucho que ella nos fascine. Usted y sus amigos parecen disponer de todo el tiempo del mundo. Nosotros, no. Para mí, cada minuto es oro. Mis horas valen millones, dependiendo de mí todos los negocios que existen en mi cadena industrial. Por tanto, vayamos al grano. Quiero que sepa lo que exactamente me ha hecho venir a verle y…

Repentinamente, Frank Cole alzó una mano, imponiendo silencio. Señaló al muro, ante la sorpresa de sus visitantes. Lena Tiger y Kwan-Shang cambiaron una rápida mirada, y algo bajo sus ropas pareció ponerse en tensión. Posiblemente todos sus músculos, nervios y tendones.

—Un momento —dijo la voz firme de Frank—. Alguien más ha entrado en nuestro santuario, como usted dijo. Y es alguien que no viene en son de paz precisamente…

Todos se quedaron mirando una luz roja que parpadeaba intermitente entre los tapices de arte *sumiye*. Esta vez no era el indicativo verde de visitas, sino el rojo de emergencia. Por si fuera poco, en otro muro sonó algo agudo y vibrátil, como una señal de alarma con sordina.

El rostro de Cole se ensombreció. Sus ojos metálicos se entornaron, fríos y meditativos, sin que su expresión se alterase demasiado.

—Muerte… —dijo—. Ese sonido significa muerte… Los que han entrado en nuestra residencia son asesinos. Y alguien ha muerto ya…

Capítulo IV

LA MUERTE TIENE VARIAS CARAS

Muerte.

Sí. Era la muerte. Había penetrado de alguna forma en el santuario de los Tres Dragones de Oro. Los tres lo sabían. La luz roja indicaba intrusión peligrosa. Era un aviso electrónico de emergencia. Nadie había dejado pasar a los visitantes inesperados. Éstos entraban por la fuerza.

La vibración de alarma era más explícita. Sólo funcionaba cuando alguien dejaba de existir dentro del recinto. Un detector electrónico muy sensible, unido a una computadora programada para señalar el estado vital de cada servidor de la casa, acusaría el fallecimiento de uno de ellos. Fue una sola llamada. Un muerto.

Alguien había dejado de existir un momento antes.

—Vamos —dijo Frank Cole—. Hay que actuar.

—¿Qué podemos hacer nosotros? —preguntó Ralph Cannon, tenso—. ¿Tienen armas?

—No las necesitamos —sonrió gravemente Kwan-Shang—. Entren ahí mientras estamos ausentes. Nadie les podrá causar daño.

Movió una moldura oculta. Se deslizó un panel cubierto de tapices orientales. Apareció una cámara, pequeña y confortable, cómodamente amueblada. Un receptor o monitor de televisión en circuito cerrado, ocupaba un ángulo de la salita. En su pantalla se veía ahora una imagen.

Ésta mostraba un corredor. En él, un hombre joven oriental, con pantalón y bata corta negros, con un dragón de oro bordado, yacía boca abajo, sobre un charco de sangre, en medio del pasillo. Era uno de los servidores de Cole y sus camaradas.

Por el pasillo, avanzaban hasta cuatro *kendokas* armados de sables. No aparecía entre ellos el *kendoka* negro que conocían los tres visitantes. Uno de los sables aparecía tinto en sangre humana.

Otros dos servidores de los Dragones de Oro aparecieron ante los luchadores, en postura defensiva de karate, el pie adelantado en *Ko-Kutsu-Dfichi*. La mano derecha marcaba en *Mawashi-Shuto-Uke*.

—¡Replegaos! —avisó la voz de Cole, pegando su boca a un punto del muro—. ¡No os dejéis alcanzar por sus sables! ¡Vienen con la intención de matar! ¡Mantened las distancias, intentad desarmarles, pero sin riesgos! ¡Han asesinado ya a Hao!

Los karatekas al servicio de la residencia de los Dragones de Oro, parecieron oír ese mensaje apremiante de su jefe, a través de algún medio de comunicación. Los sables temibles de los *kendokas* buscaron con sibilantes mandobles el impacto en los elásticos, agilísimos cuerpos adversarios.

—No se muevan de ahí —ordenó Kwan-Shang a los tres visitantes—. La cámara tiene aire renovable, y hay alimentos y bebidas en una cámara. No se abrirán sus paredes en veinticuatro horas, si nosotros no volvemos a accionarlas. Están seguros ahí. Volveremos en seguida, no lo duden. Podrán ver la «función» por ese monitor…

Entraron los Mortimer y Cannon. Se deslizó de nuevo la pared suavemente, encajándose y dejando oculta a cualquier intruso aquella dependencia secreta. Luego, los tres luchadores se precipitaron hacia los accesos invadidos por los asesinos de los afilados sables o *katanas*.

La muerte de Hao, su empleado, debía de ser la última. Estaban dispuestos a ello. Al menos, la última entre los agredidos. Si los invasores debían morir en la lucha entablada sería sólo porque así se lo exigía la situación, no porque ellos desearan la muerte de nadie.

Los cuatro *kendokas* se detuvieron frente a ellos, expectantes.

Eran cuatro figuras espectrales, como surgidas de un grabado antiguo, con sus ropas tradicionales, sus amplias *hakamas*, su *hidari-men* y *men* cubriendo sus partes occipitales, y el
migi-men
enrejando sus rostros y cuello, al unirse al *tsuki* o protector de cuello, y los *sodes*, o protectores de hombros.

Los *kendokas* no habían logrado herir a ningún otro servidor de Cole y de sus amigos Tal vez Hao fue sorprendido cuando no podía esperar un ataque mortífero, y de ahí su ya irremediable pérdida.

Frank Cole, Lena Tiger y Kwan-Shang, formaban un frente sólido ante ellos. Los *kendokas,* pese a la contundencia de sus formidables armas de acero, parecieron vacilar ante la presencia de los llamados Dragones de Oro, los tres más famosos luchadores de San Francisco y de todo el país, posiblemente. Tres modernísimos mosqueteros de las Artes Marciales, tres héroes de la nueva caballería andante inspirada en el *Zen* y en el *Buda*, movidos por el espíritu, la generosidad y el amor a los demás. Tres enemigos de la violencia. Pero que si eran atacados violentamente, sabían convertir esa violencia en fracaso. Un *karateka* formidable, una *aikidoka* sensacional y un experto en
kung-fu
. Ésos eran los Tres Dragones de Oro. Los tres enemigos que ahora se encaraban a cuatro asesinos vestidos de *kendokas*, y armados con sables de acero que significaban la muerte.

Con un cuádruple grito de guerra, propio más de un antiguo *samurai* que de un hombre de estos tiempos, los cuatro misteriosos enemigos se precipitaron sobre los tres luchadores, despreciando el enfrentamiento con los dos servidores de uniforme negro y oro. Dentro del santuario de los combatientes de Artes Marciales, estalló la lucha a muerte. Donde, inevitablemente, dada la desigualdad entre los recursos de los combatientes, si no se quería morir bajo los sables *kendos,* era preciso matar.

Pero no resultaba nada sencillo alcanzar puntos vitales en el armazón de ropajes de un *kendoka*. Y menos, cuando éste volteaba con habilidad de experto, su siempre temible *hakama* de afilada hoja.

Lena Tiger era como un felino de piel oscura, saltando a cada mandoble de espada que se dirigía a su cuerpo elástico. Kwan-Shang se mantenía en guardia, sus manos extendidas en la posición
Hu-Chao
, o Zarpa de Tigre, a la espera de su ocasión. También sabía que el blindaje especial de muchos puntos vitales, en el uniforme complicado de los *kendokas,* haría sumamente difícil abatir a tan temibles enemigos. Pero si los intrusos poseían sus medios de

defensa y ataque, ellos también tenían los suyos propios. Medios que no contaban con otro blindaje que el de sus propios músculos y tendones, al servicio de un cerebro claro y lúcido, y un infatigable espíritu de lucha y supervivencia, pero usando los más nobles recursos que el hombre tiene para vencer: su propio cuerpo, su voluntad y su fe en sí mismo y en lo que defiende.

La pelea, súbitamente, se generalizó. Los cuerpos llegaron inevitablemente al choque.

Cuatro técnicas, cuatro artes marciales diferentes y antagónicas, chocaron en aquel encuentro inenarrable, sordo, virulento, magnífico en su grandeza y poderío. Tres de esas técnicas, se enfrentaban a una sola.

Tres de esas artes defendían lo justo. Una, el crimen y la violencia al servicio de oscuros y todavía enigmáticos intereses. La ventaja de esta última, es que disponía de armas de acero y de blindaje sobre el cuerpo, frente a los brazos y piernas desnudos de los tres *budokas* enfrentados a ellos…

Pero en fulgurante encuentro de fuerzas, aquellas manos y pies desnudos iban a salir triunfantes con sorprendente facilidad. Porque los tres luchadores, con igual rapidez de reflejos e instinto de combatientes experimentados, habían visto el único punto débil en el armazón sólido y pesado de los *kendokas* misteriosos: la lentitud que les imponía su propia indumentaria. Y, sobre todo, una zona vital donde herir: entre el *Do* y el *Sode*. Es decir, entre el pectoral de cuero y las hombreras y pecheras. Apenas una zona de pocos centímetros, que afectaba a parte de sus costillas y a zonas inmediatas al corazón y pulmones.

Suficiente para un luchador de
kung-fu
, para un *karateka* y para una *aikidoka*. Los tres supieron aprovechar la ocasión. Los tres, como de mutuo acuerdo, se fijaron en esos puntos precisos. Y los atacaron.

Los sables japoneses silbaron muy cerca. Tanto, que la americana de Frank Cole se rasgó desde la hombrera hasta el codo, con un chirrido del acero al hender la tela y forros de su prenda. Pero él, sin mover siquiera sus brazos, disparó su pie en un ataque súbito de *Mae-Geri-Chudan (o Jodan),* contra el corazón de su enemigo.

El seco golpe dejó sin aliento al *kendoka*, que resopló, bajo la rejilla metálica de su
Migi-Men
, lanzando dos ciegos mandobles al aire, sin herir a Cole. Éste completó su ataque con un salto que le dejó en postura *Kiba-Dachi*, paró con el codo derecho el brazo armado del *kendoka*, al atacarle, y fue tan brusco al choque, que el sable se perdió por los aires, justo en el momento en que disparaba Cole su cuerpo adelante, y su mano y antebrazo derechos hicieron un *Mate*, con *Uchi-Ude-Uke*. El golpe descargó sobre pulmón y costillas un impacto demoledor. Crujieron los huesos, resopló el herido, sintiendo que se le iban las fuerzas, y rodó por el corredor, inconsciente, malherido de gravedad.

Mientras tanto, la *aikidoka* de bronce, Lena Tiger, había logrado aferrar el brazo armado de un *kendoka*, cuando éste falló en su mandoble mortal a su cuello. Tras esa presa vertiginosa, los músculos de la joven mulata, bajo su piel broncínea, actuaron con una potencia y sincronización admirables.

Dobló la muñeca de su enemigo hacia el exterior, atrasó su pie izquierdo, y obligó a caer hacia atrás al enemigo, con estruendo y pesadamente. Rápidamente, le soltó, brincó sobre él con ambas piernas por delante, y el impacto, sobre su pecho, hizo crujir éste de forma siniestra, al tiempo que agitaba el cuerpo caído, en un espasmo. El enemigo se quedó inmóvil, mientras ya Kwan Shang se precipitaba, en un salto de la serie *Tan* del
Kung-Fu
, sumamente sencillo, pero eficaz hasta el límite.

Las manos engarfiadas de Kwan parecían querer buscar la rejilla metálica que enmascaraba al enemigo, para introducir los dedos por entre el enrejado. Eso hizo retroceder instintivamente al *kendoka* unos pasos, pero se desequilibró, tal vez a causa de la propia pesadez de su indumentaria. Kwan aprovechó ese instante para, al caer, empujarlo violentamente con su mano derecha adelantada, avanzando un gran paso su pie derecho para tener más eficacia.

El *kendoka* bajo aquel impacto, auténtico final de la serie *Tan* de la «Forma», que es como se denomina a las series de movimientos para ser ejecutados solo, dentro de las técnicas del
kung-fu

.

Ya tendido en el suelo el tercer *kendoka* agresor, manoteó, intentando alcanzar al joven chino con su sable. Pero Kwan-Shang se precipitó sobre él, eludiendo los mandobles del acero, y golpeó sobre el pecho del enemigo con su mano rígida, extendida, en forma *Tao-Shou*
o de Cuchillo. La punta de los dedos, en esa forma, golpeó duramente, como una pica o como la punta de un cuchillo. La potencia física de Kwan, en golpes así, era tal, que casi penetraron los dedos en el cuerpo del abatido, como un acero cien veces más incisivo y terrible que su afilada *katana*.

Chilló el herido, agitándose convulso y quedando luego inmóvil. Eran tres los vencidos. Y tres los vencedores. Luego, llegó la cuarta y definitiva victoria. Era Cole, una vez más, quien se encargaba de ella, cayendo como una tromba sobre el cuarto y último bandido vestido de *kendoka*. No sólo eludió limpiamente dos tajos mortales del acero, que silbaron peligrosamente cerca de él, sino que se precipitó sobre su adversario, emitiendo roncamente, con voz desgarrada y estremecedora su grito de guerra, de estallido de poder, vigor, concentración y energía concentrada hasta entonces.

—¡KlAI!

Aquella especie de sonido fantástico, que brotaba del vientre —o *Hard*— era como la liberación de un torrente, un caudal de energía indómita, a la que el luchador daba rienda suelta en ese momento supremo de la pugna. El enemigo, encogido, pareció estremecerse bajo su impacto sonoro y psicológico. Era una baza más, a favor del *karateka* americano. Frank Cole se deshizo de su enemigo por un procedimiento rápido y preciso: paró con un *Morote-Uchi-Ude-ke* el último golpe de sable, y el acero de plano, pegó en su brazo, sin dañarle siquiera. Al mismo tiempo, dado que el movimiento del antebrazo derecho, aunque era un normal *Uchi-Ude-Uke*, era terriblemente praderoso, hizo tambalear violentamente al adversario, aunque no desarmarlo. Luego, el puño izquierdo ayudó al derecho, que ya alcanzaba en golpe seco al enemigo, empujando ese puño por el interior del codo, para darle mayor potencia.

Luego, disparó un
Age-Uge
inesperado, con el antebrazo izquierdo, potentísimo también, y de

modo inexorable, su enemigo cayó, perdiendo el arma.

En el momento de chocar el cuerpo del cuarto *kendoka* con el bruñido suelo del corredor, los cuatro enemigos estaban allí abatidos, sin haberse incorporado aún.

Y sucedió algo terrible.

Fue como un destello. Un chispazo violento, azulado, brotó de las ropas de cada uno de los *kendokas*. Igual que si hubiesen golpeado una alambrada de alta tensión, aunque el suelo era de terso pavimento y carecía de toda clase de corriente eléctrica. Los cuerpos se agitaron en el suelo, en medio de un repentino y nauseabundo olor a quemado…

¡Y por las rejillas metálicas de las máscaras de los cascos protectores de los luchadores de *kendo*, a través de las estrechas aberturas del

Migi-Men

, brotó humo, igual que si aquellos cuerpos, repentinamente inmóviles, se estuvieran quemando!

Las seis personas reunidas en el santuario de los tapices *Byobu* y *sumiye*, se miraron largamente, en medio de un profundo silencio.

Muy despacio, Frank Cole terminó de examinar el cuerpo depositado sobre una mesa. Era el de uno de los *kendokas* invasores de su propiedad. Estaba despojado de parte de sus ropas, especialmente de su casco protector. Nadie podía hacer nada por él. Estaba muerto, aunque el golpe de Cole no fue mortífero.

Muerto… y carbonizado.

—No puedo comprenderlo —jadeó Howard Mortimer—. ¿Usted ve claro en todo esto, señor Cole?

—No, no del todo. Pero algo hay evidente. Una descarga eléctrica colectiva, de alta tensión, mató a los cuatro intrusos *simultáneamente*. Dentro de nuestra vivienda no existió esa descarga. Por tanto, procedía de otro lugar. Sólo pudo provenir de ellos mismos. Una reacción en cadena.

—¡Pero eso no tiene ningún sentido! —rechazó Ralph Cannon, perplejo.

—Tal vez lo tenga. Ocurrió justamente cuando cayó al suelo el último de los cuatro *kendokas*. Los cuatro cadáveres están carbonizados. Y todos ellos tienen la parte más abrasada en su cabeza… Por tanto, de ahí pudo llegar la descarga. Imaginemos un

sistema electrónico, programado para actuar cuando todos ellos cayeran al suelo. Eso significaría para alguien en la distancia, el fracaso del golpe. Y a control remoto… provocó su electrocución inmediata para que ninguno fuese capturado con vida…

—Control remoto… —reflexionó en voz alta Howard Mortimer —. Para eso haría falta un medio receptor en alguna parte…

—Ya he pensado en ello —asintió Cole, ceñudo—. Y creo tener la respuesta…

—¿Qué clase de respuesta? —se interesó Mortimer, profundamente curioso.

—Ustedes me han relatado ya lo sucedido aquel día en Tokio, ante el Gran Buda de Kamakura. Yo conozco otros hechos diferentes, pero que tienen una rara semejanza con lo sucedido en esa ciudad japonesa. Y ahora, llegan estos *kendokas*, y logran penetrar en nuestra residencia, salvando una serie de sistemas de seguridad electrónicos…

—¿Eso tiene algo que ver con la muerte colectiva de esos cuatro *kendokas*? —dudó el secretario del financiero.

—Ustedes trabajan y viven en un mundo que no es ajeno a todo ello: la electrónica. Sus negocios, señor Mortimer, son precisamente de ese género. La electrónica le llevó a Tokio precisamente. Y ahora nos encontramos con una posible muerte electrónica.

—*¿Muerte electrónica?* —Parpadeó Howard Mortimer, estupefacto—. ¿Qué quiere decir?

—Lo que he dicho. Vea los oídos del cadáver. Ofrecen idéntico aspecto los cuatro hombres muertos. Los tienen ennegrecidos, como calcinados. Y esa calcinación, esa negrura… viene del interior, del propio *cerebro* de los difuntos. ¿Entienden eso?

—Una descarga interior… —apuntó Georgia, con ojos repentinamente iluminados—. Algo alojado en su cerebro… ¡Pero eso es fantástico, señor Cole!

—Pudo serlo alguna vez, pero no en nuestro tiempo. Un microelectrodo altamente sensible, conectado a una fuente de alta tensión repentina… Una computadora programada adecuadamente, un control remoto… y dentro de cada electrodo introducido en el cráneo del *kendoka*, se produce la descarga que electrocuta y fulmina a la víctima. En suma: muerte programada a distancia. No hay testigos, no hay prisioneros que hablen. No sabremos cómo

lograron alterar los circuitos de nuestros sistemas de seguridad, ni cómo supieron que ustedes estaban aquí en estos momentos. Pero sabemos que intentaban terminar con nosotros y que, en caso de fracaso, los cuatro debían morir. Evidentemente, todo procede de una misma mano. De una misma mente criminal.

—¡El *kendoka* negro!

—¿Qué? —Se volvió vivamente Cole hacia la hermosa Georgia Mortimer, que era la que había hecho la súbita sugerencia con vivacidad.

—Ese *kendoka* no estaba aquí… Me refiero al del ropaje negro… Parecía ser el jefe del grupo de asaltantes en Tokio, los que se llevaron a Martin Fong, una vez muerto… Tal vez aquella máscara *kendo* ocultaba al jefe de ese grupo siniestro…

—Sí, tal vez. —Cole afirmó, pensativo, su mirada sombría fija en el cuerpo ennegrecido del *kendoka* muerto al que acababa de examinar—. No me gusta el cariz que toma esto. Son asesinados varios notables luchadores y robados sus cuerpos… Nos atacan a nosotros con hombres que llevan la muerte sobre sí, en el caso de fracasar su misión asesina… Y por otro lado, usted quiere hablarme de algo grave, relacionado quizá con todo esto… ¿Qué es ello, señor Mortimer?

—Precisamente el motivo de mi visita al Japón, señor Cole. Un asunto ultrasecreto, de interés mundial, que Martin Fong conocía a fondo, como miembro del Servicio de Inteligencia en Tokio, al servicio de Estados Unidos de América. Él iba a ser el enlace que me conduciría a la persona de mi interés.

—¿Y una vez muerto Fong…?

—Me fue imposible hallar a mi hombre. Desapareció. No sabe nadie dónde está. Ni siquiera si vive o no.

—¿Puedo saber quién era?

—Sí. Ahora creo que usted puede saberlo… —Respiró hondo el gran magnate de la industria electrónica americana—. El profesor Sado Tobatsu.

—Sado Tobatsu… —Cole arrugó el ceño—. Ese nombre me es familiar por alguna razón…

—Usted lo dijo antes. Y empieza a confirmarse su sospecha… Señor Cole, Sado Tobatsu es profesor en Cibernética. Una de las mayores eminencias en electrónica, no solo del Japón, sino de todo

el mundo.

—Electrónica… —Cole cambió una mirada con Kwan y con Lena —. Eso confirma todas las teorías anteriores, es cierto. Pero imagino que usted no sólo pretendía visitar por cortesía al profesor Tobatsu…

—No, claro —sonrió tristemente Mortimer—. No me puedo permitir semejantes lujos… y menos teniendo que viajar primero desde Nueva York a Tokio. Tampoco ahora he volado hasta la costa del Pacífico por simple cortesía, señor Cole.

—Sí, lo supongo.

—El profesor Tobatsu tenía algo que yo podía adquirir.

—¿Algo?

—Algo muy valioso. Para mí, y para otros. Todo dependía quizá del mejor postor. O de la rapidez en la operación. Valía la pena intentarlo. Y lo intenté. Desgraciadamente, todo falló. Fong ha muerto, nosotros nos marchamos de Tokio sin lograr hallar la pista del desaparecido profesor… Luego, supe que Fong era amigo de ustedes. Y también otros luchadores asesinados de igual modo misterioso, y cuyos cuerpos fueron luego robados. Todo eso me ha hecho ponerme en contacto con ustedes. Lo sucedido aquí esta noche, me confirma que soy vigilado muy de cerca, que todos quizá somos vigilados…

—Es seguro. Nuestras vidas peligran. De la mía y de mis compañeros, lo sé. A ciencia cierta. De ustedes… no puedo estar plenamente seguro, pero lo sospecho. ¿No adoptó precauciones, señor Mortimer?

—No las suficientes, según he visto hoy —miró a su secretario —. Habrá que contratar a unos «protectores» especiales. Porque supongo que el señor Cole y sus amigos no están en venta para una cosa así…

—No estamos en venta para nada. Y por ningún precio, señor Mortimer —sonrió Cole con una cierta frialdad—. Podemos ayudarles, si la razón está de su parte y hay algo indigno que pueda amenazar a personas honestas. Es todo.

—Sí, lo entiendo muy bien. Y así esperaba que fuera —suspiró el millonario e industrial—. No me defraudan ustedes, lo admito.

—Hablábamos del profesor Tobatsu, señor Mortimer —le recordó Cole, frotándose el mentón—. ¿Qué era ese algo tan valioso

que le llevó a Tokio? ¿Está mezclado en ello el Gobierno de este país?

—Por el momento, no oficialmente. Pero preferirían que yo adquiriese el invento del profesor, a que lo hiciera otra persona de otro país. O que terminara quedándose patentado en el Japón, en poder del Gobierno japonés.

—Eso me hace pensar que no es nada bélico.

—Cierto, señor Cole. No es bélico.

—Ni de resultados seguros —sonrió el joven actor y luchador americano.

—¿Por qué supone eso?

—Porque de ser tan importante como para interesar a nuestro Servicio de Inteligencia, a otros compradores de diferente nacionalidad, y a usted mismo, es como para imaginar que se trata de algo relativamente revolucionario. Pero el hecho de que determinadas potencias no hayan lanzado sus recursos totales sobre el profesor y su hallazgo electrónico, significa que no es aún nada definitivo.

—Está en lo cierto. No lo es. Pero existen, según últimos informes, un noventa por ciento de posibilidades de que dé resultados positivos. Altamente positivos, además.

—¿No puede revelarme su naturaleza exacta, quizá?

—Oh, claro que sí. No tengo secretos para usted… Se trata del… del *micromind*.

—*Micromind*… —repitió lentamente Cole—. Literalmente… «mente microscópica». ¿Es eso?

—Algo así. Un minicerebro electrónico. Un objeto no mayor que un botón de chaleco… en cuyo interior existe una forma de… de vida cerebral. Artificial, por supuesto. Pero *vida*, al fin y al cabo, en el sentido electrónico.

—¿Vida independiente de cualquier forma real de vida, señor Mortimer? —insistió Cole.

—No, claro que no —suspiró el magnate—. Es preciso aplicarlo a algún ser, a alguien…, aunque ya no exista y su cerebro esté paralizado…

Los ojos de Cole brillaron. Pareció pensar en algo súbitamente. Sin vacilar, se volvió a sus dos compañeros de aventuras.

—Estad preparados —dijo con sencillez—. Vamos a emprender

un viaje mañana mismo.

—¿Un viaje? —preguntó Kwan—. ¿Adonde, Frank?

—Al Japón, naturalmente. Tenemos que encontrar al profesor Sado Tobatsu. Y su invento del *micromind*… si aún es tiempo.

—¿Tiempo de qué? —interrogó Georgia Mortimer, inquieta.

—Tiempo de evitar algo horrible que me ha pasado por la imaginación, señorita —dijo el joven americano gravemente, fijando en ella sus ojos—. Algo peor que la misma muerte. Y que puede estar sucediendo ya…

—¿Qué quiere decir con eso? —se alarmó el padre de la joven.

—O mucho me equivoco… o el profesor Tobatsu y su invento están ahora en poder de alguien. En manos de una organización siniestra, dirigida por una mente criminal que no repara en medios y que planea algo realmente terrorífico…

Capítulo V

ZEN Y SANGRE

El avión se posó en el aeropuerto internacional de Tokio en la mañana lluviosa, de cielo plomizo y aire húmedo. El asfalto de las pistas de aterrizaje aparecía mojado y salpicado de charcos.

Descendieron los tres viajeros de San Francisco, mezclados con el resto de los pasajeros, por las escalerillas de aquel avión regular de la TWA que cubría la línea entre la dudad californiana y la capital japonesa. Al ver descender al alto y arrogante norteamericano de cabellos rubios y ojos acerados, a la hermosa mulata de cabello crespado y elástica figura, y al joven y esbelto oriental, nadie hubiera imaginado que se trataba de los mejores luchadores de Artes Marciales que era posible hallar en el mundo.

Ni tampoco era fácil creer que no viniesen a Tokio de turismo simplemente, con sus indumentarias jóvenes, deportivas, su aire joven, alegre y risueño, sus maletines livianos, y su aspecto de personas totalmente despreocupadas y sin problemas.

Pese a esas apariencias, no era turismo precisamente lo que llevaba a la capital nipona a los Tres Dragones de Oro. Ni sus mentes aparecían libres de hondas y graves preocupaciones, ciertamente. Pero su propia fuerza de voluntad, su espíritu de superación, su vitalidad interior, les hacía sobreponerse a todo. El resto, lo hacía su propia juventud, su jovialidad y su alegría de vivir. Para ellos, esto formaba parte ahora de su propia existencia, de su razón de ser.

Alguien, en el mundo, les necesitaba. Buenos amigos suyos habían sido asesinados por personas movidas por un designio oscuro y siniestro, en distintos lugares del planeta. Un hombre rico

les pedía ayuda, pero ellos se la prestaban sin un solo dólar a cambio. Porque lo que contaba era hacer justicia. Y salvar vidas en peligro.

Frank Cole estaba seguro de que esas vidas peligraban ahora. En Estados Unidos, en el Japón y en muchos otros lugares quizá… había personas en peligro de muerte. Y ellos lo sabían.

Por eso estaban ahora en Tokio. Iban a luchar duramente por evitarlo. Si la sospecha de Cole era cierta, esa lucha no resultaría fácil. Ni victoriosa, quizá…

Pero allí estaban ya los tres. En un vuelo regular, mientras sus nuevos amigos, los Mortimer, y su secretario, Ralph Cannon, creían que ellos habían emprendido el viaje en un avión privado que era de su propiedad. Una avioneta de gran radio de acción y potencia suficiente para cruzar el Pacífico sin problemas, hasta las islas japonesas. Era una de las pertenencias de los Tres Dragones de Oro.

Y la noche antes, tras la experiencia desagradable y extraña frente a los cuatro *kendokas* electrocutados después de morir, Cole había tenido una idea repentina, anunciando a sus visitantes:

—Mis amigos y yo, haremos el viaje a Tokio en nuestro avión privado. Nos encontraremos allí, si ustedes van más tarde al Japón. Nos alojaremos en el Marunouchi Hotel.

Solamente más tarde, cuando los tres camaradas se quedaron solos, Cole había tomado un bloc de notas, escribiendo rápidamente en una hoja:

«Serán otros planes. No sé si alguien nos espía o nos escuchan las conversaciones. Todo es posible, si un genio de la Electrónica anda por medio. Viajaremos por vuelo regular. Enviad la avioneta a Tokio…, pero con tres maniquíes en nuestro lugar. Y un piloto de confianza, con sistema automático de seguridad para salir despedido en caso de peligro. No hablad nada de esto».

Asintieron con el gesto. Eso fue todo. Suficiente para ellos. Si Cole decía algo, es que algo sospechaba. Cada uno del trío confiaba ciegamente en los otros dos, llegado el caso. No eran nunca la fuerza bruta, sino inteligencia y sensibilidad, al servicio de unos postulados nobles y altruistas, en servicio de los demás. De esto habían hecho ya un símbolo de sus vidas cuando se dedicaron a las Artes Marciales. Pero después, incluso sus conocimientos del alma oriental y del *Zen*, habían sido puestos al servicio exclusivo de los

demás.

No se habló ni se comentó nada sobre el extraño doble vuelo dispuesto por Cole. Tampoco hacía falta. Si él lo había dispuesto, bien hecho estaba. Es lo que pensaron Lena y Kwan. En el caso de que uno de ellos hubiera tomado alguna decisión, Cole también la hubiese respetado. El joven actor de cine y *karateka* americano, era el miembro con mayor autoridad en el trío, de un modo tácito y no establecido previamente. Pero eso no significaba que los demás no tuvieran igual derecho a tomar la iniciativa, llegado el caso.

El teniente Dobkin, de la policía de San Francisco, viejo conocido de todos ellos, especialmente de Lena Tiger, desde el caso de los Dragones de Oro, que fuera el inicio de su amistad y de su unión frente al crimen y el delito organizados, se ocupaba ahora de los cadáveres de los *kendokas* sin identificar —pero japoneses todos ellos, como la víctima carbonizada que Cole examinara ante sus visitantes—, en un estudio de los cuerpos en los laboratorios policiales, para detectar la causa de su muerte por electrocución.

Y mientras tanto, ellos llegaban a Tokio en aquel vuelo regular de TWA…

Hasta más tarde, una vez alojados en el Marunouchi Hotel del centro comercial de la gran capital nipona, no se enteraron, a través del boletín de noticias en inglés de un canal de la televisión local, de lo sucedido en alta mar, entre San Francisco y Tokio, pocas horas antes. Exactamente a unas ciento cincuenta millas de Honolulú.

—En un desgraciado accidente, una avioneta privada de gran radio de acción, procedente de San Francisco —comenzó informando el locutor—, se incendió en el aire, precipitándose hacia el mar, donde se hundió, poco después de estallar cuando aún no había tocado la superficie marítima. Afortunadamente, su piloto pudo salvarse, gracias a que funcionó oportunamente su asiento de emergencia, que salió disparado automáticamente, lanzándole al vacío, y abriéndose posteriormente su paracaídas de seguridad, que le depositó suavemente en el mar. El piloto llevaba chaleco salvavidas y flotó, hasta ser avistado y rescatado por unos pescadores hawaianos. La avioneta quedó totalmente destrozada, y no se sabe si viajaban en ella más pasajeros, aunque se habla de que tres ocupantes habrán hallado la muerte en el suceso…

Cole y sus amigos se miraron en silencio. Nadie comentó nada,

pero todos tuvieron un mismo pensamiento: de haber viajado como calcularon, ahora podrían estar muertos los tres.

—¿Y ahora? —preguntó Lena, tras un largo silencio.

—Ahora, tendremos que buscar en Tokio al profesor Tobatsu —dijo Cole apaciblemente—. A eso hemos venido, ¿no es cierto?

—Sí, pero… —Kwan enarcó sus cejas sobre los ojos almendrados y astutos—. Del mismo modo que supieron lo de la avioneta, sabrán luego que estamos aquí, que Investigamos, que buscamos al profesor…

—Eso es inevitable, Kwan —suspiró Cole—. De todos modos, sigo pensando que conozco el nombre de Sado Tobatsu por algo más que por ser un genio de la Electrónica. Pero no sé aún por qué. Quizá acabe averiguándolo mientras tratamos de localizarle.

—¡Cielos, Frank! —murmuró Lena Tiger, apurando su zumo de frutas, sin moverse del asiento del bar del hotel, desde donde habían escuchado el boletín Informativo de la televisión japonesa. Aún pienso en ese vuelo que pudimos haber hecho…

—… Pero que no hicimos —sonrió Cole.

—Sí, es cierto. ¿Fue premonitorio?

—Fue una corazonada.

—¿Una sospecha, acaso? —sugirió Kwan, Insinuante.

—Tal vez. —Cole se encogió de hombros, pensativo.

—¿Alguno de los Mortimer? ¿El secretarlo Cannon? —apuntó Lena.

—Esto parece un Interrogatorio en toda regla —rió suavemente el joven americano con gesto de buen humor—. Lo cierto es que sí sospeché algo, pero… No puedo estar seguro si uno de ellos Informó a los asesinos, para disponer el atentado en la avioneta… o si es cierto que, del mismo modo que dispusieron un medio de neutralizar nuestras barreras electrónicas en casa, para meter allí a los cuatro *kendokas* asesinos, nuestros enemigos disponen de medios para espiarnos a distancia. Recordad que nos enfrentamos con una serie de prodigios electrónicos. Y con un mago de esa especialidad entre ellos.

—Un mago que ha desaparecido —le recordó Kwan-Shang, ceñudo—. ¿No pudo llevar sobre sí cualquiera de nuestros tres visitantes, el procedimiento electrónico para neutralizar nuestros propios circuitos y disponer la ejecución Inmediata de los *kendokas*

derrotados, por electrocución?

—Es una posibilidad. Pero sólo una posibilidad, Kwan. No podemos acusar a un hombre como Howard Mortimer. Ni a su hija Georgia, una jovencita de la mejor sociedad. Ni a Ralph Cannon, que goza de su entera confianza.

—No acuso a nadie. Pero eso no significa que uno de ellos no pueda estar confabulado con nuestros propios enemigos, Frank —apuntó Lena.

—Claro que no. Ya lo he tomado en consideración. No pienso dejarme sorprender por nadie. Absolutamente por nadie, estad seguros. Ahora, vamos a ocuparnos de lo que nos trajo a Tokio, amigos míos. Y eso, recordadlo, es localizar al profesor Tobatsu, esté donde esté…

—Sí, cierto. Pero ¿por dónde empezamos? —preguntó Kwan.

—Muy sencillo: por su propio colega y ayudante de toda su confianza: el doctor Roger Banning. Es un técnico Inglés, especializado en electrónica, que trabajaba desde hace algunos años con el profesor Tobatsu, en la Tobatsu Electronic Company, de Tokio… Ése ha de ser nuestro principio, para bien o para mal… Y tú te ocuparás de ello, Kwan.

—Muy bien, Frank —se Incorporó el joven chino, con una sonrisa, echando a andar hacia la salida del bar. Antes, se Inclinó con una despedida cómicamente ceremoniosa—. *Sayonara*, amigos míos. Y deseadme suerte…

El doctor Roger Banning era un hombre de cabellos muy blancos, como nieve hilada, sobre un rostro rubicundo y redondo, de perfecto inglés habituado a la buena vida. Unos ojillos azules y pequeños, una nariz de halcón y una delgada boca apretada, formaban sus risueñas facciones.

La Tobatsu Electronic Company era un alto edificio en el centro mismo de Tokio, en su zona comercial más densa, entre la populosa Marunouchi y los jardines del Palacio Imperial. El doctor Banning, pese a ser un colaborador veterano en las actividades personales de investigación del profesor Tobatsu, director de la empresa, sólo ocupaba el cargo de jefe de personal en los laboratorios electrónicos de la entidad.

Sus declaraciones a Kwan Shang no podían resultar menos esperanzadoras de lo que realmente fueron:

—Lo siento, señor Shang —manifestó con acento dolorido—. Soy el primero en ignorar el paradero del pobre profesor… Todos estamos muy preocupados con ello. La policía de Tokio está investigando el asunto. Es un hombre solo, sin familia, y desapareció de su domicilio, en Surugadai, en una zona residencial muy apacible y tranquila… Nadie se explica cómo pudo suceder. Nadie ha visto nada. Ni una violencia, ni un indicio de lucha. Pero el profesor no está. Ni le vieron salir de su casa esa mañana, ni llegar aquí tampoco… Es como si se hubiera evaporado en el aire, en la nada… Pero eso no pudo ser. Algo ha debido ocurrirle. Sea lo que fuere, es seguro que no tardaremos en saberlo. Esperamos algo, lo que sea. Posiblemente una petición de rescate o algo así…

—Lástima… —se quejó Kwan-Shang—. Como representante de la Hong Kong New Electronic Society, estaba seguro de poder entrevistarme con él y llegar a un acuerdo para ciertas relaciones intercomerciales…

—Lo siento muy de veras, señor Shang —siguió el afable y locuaz caballero británico—. No estando él presenté, nadie puede tomar decisiones por su cuenta aquí. Pero de todos modos, puede visitar al señor Hayado, en Dirección. Él se ocupa de contratos normales de la empresa, y tal vez…

—Yo, señor Banning, no me refería a contratos *normales*, ni he viajado por esa razón desde Hong Kong hasta aquí —mintió Kwan, con toda frialdad—. Lo cierto es que me hablaron en voz baja de algo distinto.

—¿Distinto? —Pestañeó el doctor Banning, mirándole con ingenuas pupilas celestes—. No entiendo, mi querido amigo…

—Bueno, ciertas noticias corren como la pólvora hoy en día, doctor Banning. No se haga el inocente. En Hong Kong y en Macao, también hemos oído hablar de… de *algo* llamado *micromind*…

Banning enrojeció vivamente, y pareció a punto de estallar. Miró en derredor, haciendo vivos gestos de silencio, y su tono se hizo infinitamente más confidencial a partir de este momento.

—Por favor, señor Shang… —susurró rápidamente—. Todo eso no pasan de ser simples rumores, habladurías sin sentido… Sé a lo que se refiere, pero me consta que tal invento no existe…

—Y de existir, no estará en venta fácilmente… por menos de cien millones de dólares en efectivo, imagino —murmuró Kwan,

tranquilo.

—Cien millones en efectivo… —Banning le miró, muy fijo—. ¿Es… es una oferta?

—Podría serlo —admitió Kwan, evasivo.

—Lo… lo siento —resopló el técnico inglés en electrónica—. El profesor no está. Es inútil hablar de todo esto. Pero si existiera ese *micromind…*

—Si existiera, ¿qué? —quiso saber Kwan—. Sólo el desaparecido profesor lo poseería, ¿no es cierto?

—Oh, claro, claro —se apresuró a afirmar el doctor Banning, sofocado—. Pero… pero ya sabe usted, como orientar que es, aunque no sea japonés precisamente, que en su raza no siempre se puede estar seguro de nada con las personas. El profesor, pese a ser buen amigo mío, y compañero de años, nunca se sinceró del todo… Personalmente, no creo en la prodigiosa existencia de algo parecido a *ese micromind,* pero… si sé algo, intentaré ponerme en contacto con usted. Cien millones supera en mucho la oferta que intentó hacernos un industrial americano hace poco…

—Tal vez podría llegar, incluso, a los ciento veinticinco millones. Tendría que consultar con mi empresa —aventuró Kwan astutamente. Miró al inglés como si desconfiara de él—. Pero no sé… No debo confiar en nadie que no sea el propio Tobatsu. Usted mismo, doctor Banning…, podría traicionar a un viejo amigo, habiendo tanto dinero por medio…

—Le juro que no. Jamás traicionaría a nadie —se sintió ofendido el científico británico—. Y menos aún a Sado Tobatsu… Hemos llegado incluso a practicar juntos el *Zen,* el *Budo* y todo eso… como hermanos.

—¿Es posible? —Los ojos de Kwan brillaron—. ¿El profesor es un *budoka*?

—Oh, y yo también —resopló el inglés, con cierto aire de orgullo—. Pero admito que no fui nunca constante, ni entendí el *Zen* ni nada de eso… El profesor sí. Es un buen *budoka,* pese a que lo dejó pronto… Nuestro profesor, el viejo Sesue… se sentía orgulloso de él. Y, desde luego, me censuraba a mí toda mi falta de voluntad y de interés.

—¿Quién es el viejo Sesue? —indagó Kwan, con tono indiferente.

—Un viejo *Sensei* o Maestro. Un *Guru* para seguir la filosofía del *Zen* y todo eso… Sesue Yokata, un admirable japonés que almacena toda la sabiduría del Oriente en su cuerpecillo anciano y rugoso… Aún vive, allá en su *dojo* de Ogawa-Machi, cerca de Surugadai. El profesor acostumbra a visitarle de cuando en cuando, como a un amigo entrañable… Si algo aprendí de ese viejo *Sensei*, es el sentido de la lealtad y la amistad. Nunca haría daño a nadie que confiase en mí, señor Shang…

—Sí, creo que dice la verdad —admitió Kwan, estrechando su mano con una amplia sonrisa—. Gracias por todo, señor Banning… Si volvemos a vernos, es posible que ese acuerdo se lleve a cabo, y usted pueda obtener una comisión. Llámeme si sabe algo nuevo del profesor… o de su *micromind*, sea ello lo que fuere. No se arrepentirá. Y no tendrá que ser desleal con nadie. Se lo prometo. Y yo también soy de los que saben ser fieles a sus promesas…

Le dejó una tarjeta en la que sólo figuraba su nombre. Escribió debajo el nombre del hotel y su número de habitación, y abandonó el edificio de la gran entidad electrónica de Tokio.

Desde una cabina pública, telefoneó al hotel, e informó escuetamente de todo a Frank Cole. Luego, le manifestó:

—Voy a ver a ese *sensei* japonés, a Sesue Yokata. Tal vez a través de él sepamos algo más del profesor Tobatsu.

—Muy bien —asintió Cole—. Estás manejando perfectamente el asunto. Si algo anda mal, llama inmediatamente. Yo acabo de saber algo, a través de la conferencia urgente, desde San Francisco.

—¿Qué es ello, Frank? —Sintió Kwan su curiosidad vivamente picada.

—El teniente Dobkin, de la policía. Tenía el informe del examen cerebral de los *kendokas* electrocutados. Estaba en lo cierto al sospechar algo así. Sufrieron una intervención quirúrgica en su cerebro. Les habían injertado en el cráneo unos receptores de energía eléctrica de alta tensión, a control remoto. En resumen: fueron ejecutados a distancia por alguien que controlaba sus movimientos minuciosamente. La caída de los cuatro, debía ser el mecanismo que accionaba lo programado…

—Es horrible —jadeó Kwan, estremeciéndose—. Inhumano, Frank…

—Lo sé. Y sospecho que no todo termina ahí. Vamos a encontrar

cosas muchos más inhumanas y horribles en este asunto. Algo que está fuera de lo normal… Pero sigue con tu asunto. Visita a ese viejo *sensei*, y trata de saber algo más sobre el profesor Tobatsu y su posible paradero. Nosotros, Lena y yo, esperaremos aquí la llegada de Howard Mortimer a Tokio. Veremos si se sorprende demasiado al vernos con vida.

Kwan colgó, y se encaminó resueltamente a una parada de taxis. Indicó a uno que le dejase en Ogawa-Machi, cerca de Surugadai. Esperaba que ello fuera suficiente para localizar allí el *dojo* del maestro de *Zen* llamado Sesue Yokata, que tan bien conocía al profesor desaparecido.

No le costó ningún trabajo dar con el típico edificio japonés.

Era un *dojo* como cualquier otro de Tokio. Quizá de los más tradicionales imaginables. Un auténtico lugar recoleto y tranquilo, rodeado de zonas ajardinadas, donde el hombre pudiera meditar y aprender la verdad de las Artes Marciales.

El nombre del *sensei* o Maestro Sesue Yokata, aparecía grabado en la puerta, en una placa de bronce. La entrada era libre. Y Kwan-Shang entró resueltamente.

Los *dojos* le eran familiares. Muy familiares, ya fuesen de Japón o de China, de Estados Unidos o de Macao u Hong Kong. Su vida había sido una dedicación plena a las Artes Marciales, especialmente al *Kung-Fu*. Su existencia anterior era un profundo secreto para muchos. En parte, incluso para sus propios amigos. Lo único que Cole y Lena sabían realmente de su compañero Kwan, era que huía de algo. Algo implacable, que alguna vez le alcanzaría inexorablemente. Algo que había quedado atrás, en el corazón de China, cuando abandonó su existencia anterior, para buscar la liberación de su ser, de su espíritu, de todo él.

Kwan-Shang sabía que, en alguna parte de la inmensa China, un ser enigmático y terrible, al que se conocía con el nombre de *Aquél a Quien Nadie Puede Ver*, esperaba pacientemente a encontrarle, darle alcance… y ejecutarle de modo inexorable por lo que era una aparente traición a su raza y a su pasado.

Pero a Kwan no le importaba eso. Esperaba el momento en que *ellos*, los servidores fieles y despiadados del enemigo mortal, dieran

con él, fuese donde fuese. Sabía que entonces tendría que luchar por su vida como jamás lo había hecho antes. Pero lo haría con la convicción de que hizo lo mejor. De que rompió con un pasado de infamias y de injusticias con el que no se sentía en modo alguno identificado.

Ahora, era él. Él mismo. Y servía a algo noble y digno. Eso era algo que *Aquél a Quien Nadie Puede Ver*, jamás perdonaría… Ni sus siervos tampoco.

Esas ideas pasaron fugazmente por su recuerdo cuando se enfrentó al silencioso, vacio *dojo* del distrito residencial de Tokio donde se hallaba ahora. Eran inevitables evocaciones, cuando se enfrentaba a ambientes como aquéllos en los que él, siendo niño, había aprendido, en remotos confines, de sus Maestros del *Zen* y del *Kung-Fu*. Aprendizaje que hizo de él, un vulgar discípulo con afán de saber, un auténtico maestro, a lo largo del tiempo. Pero entonces tuvo que hacer su esotérico juramento ante los oscuros poderes de una tiranía oculta en el interior de China —una tiranía que ni siquiera actualmente podía sospechar el gobierno de China Continental que existiera allí agazapada, latente, llena de fuerza y malignidad, por encima de tiempos y de civilizaciones—, y al ser un adulto consciente y rechazar ese juramento forzado, al elegir su propio camino en la vida, Kwan-Shang selló su destino con la condena inexorable de *ellos*…

Olvidóse de todo apenas unos momentos después, cuando en las penumbras del *dojo* nipón, captó unos murmullos apagados, tenues, procedentes de alguna parte de la amplia sala, sobre cuyo tatami pisaban suavemente sus cautelosos pies de oriental.

Eran quejas humanas. Gemidos de dolor. Acaso de agonía.

Kwan no extrajo arma alguna de sus ropas. No la llevaba nunca. Un luchador de *Kung-Fu* tiene en su cuerpo casi tantas armas como partes del mismo: frente y coronilla, hombros, codos, antebrazos, muñecas, talones de la palma de la mano, toda la mano, las rodillas, los pies en las más diversas formas… En el *Kung-Fu*, todo él era un arma viviente. Una armonía de fuerzas capaces de

desencadenarse ante cualquier adversario, por fuerte que fuese.

Se limitó a caminar, con ese cuerpo alerta, sus manos adelantadas, en guardia, a la espera de cualquier peligro existente en la penumbra del *dojo* japonés.

Cuando se detuvo, comprendió que, al menos por el momento, no había peligro inminente alguno. Pero sí la huella de la violencia, una vez más. Había sangre. Y había agonía.

Un hombre estaba muriendo sobre el tatami, junto a una puerta de papel de la edificación japonesa donde se hallaba. Un hombre de avanzada edad, flaco y rugoso, de escasos cabellos canosos y rostro de japonés. Yacía sobre un charco de su propia sangre. Un tajo terrible le había hendido el costado, alcanzándole el torso. Era un golpe mortal de arma blanca. Kwan se estremeció, aunque se mantuvo sereno. Intuyó el arma utilizada: una *katana* de *kendo*…

Se inclinó sobre el moribundo. Unos ojos mortecinos, un gesto de cansancio y dolor, se encararon con él. Ambos hombres, el chino y el nipón, se miraron. Se comprendieron con esa sola mirada. El anciano era un maestro del *Zen*. Podía comprender muchas cosas que no estaban al alcance de los demás.

—Llegas tarde… —musitó, con espuma sanguinolenta en sus labios.

—Lo sé —asintió Kwan-Shang lentamente, apoyando la cabeza del viejo Maestro sobre su rodilla flexionada—. Y lo siento, Sesue Yokata.

—Él llegó antes… No pude vencerle…

—¿*Él*?

—El *kendoka* negro… Era el mismo diablo con ropas de *kendo*. No pude defenderme de él. Conocía de antemano todos mis golpes. Los intuía o los preveía… Me abatió. Y se llevó… lo que había venido a buscar.

—¿Qué era?

—Lo mismo que buscas tú, sin duda.

—Yo no vine en busca de nada material, maestro. Sólo información sobre un hombre.

—¿Información sobre el profesor Sado Tobatsu? —Una triste sonrisa iluminó el semblante convulsivo del anciano.

—Sí. —Kwan contempló admirado al Maestro de *Zen*—. A él buscaba. Nadie sabe dónde está.

—Yo lo sé. Tal vez esté muerto. Tal vez no. Pero sé que él lo tiene.

—¿El *kendoka* negro?

—Sí. Sólo que el profesor… no posee lo que yo poseía. El vino a buscarlo.

—¿Qué era?

—La fórmula…

—¿Qué fórmula?

—La de su invento… El ingenio electrónico capaz de… —Miró a Kwan tristemente, con una convulsión. De su boca escapó más sangre. Estaba muriendo. Y lo supo. Un *Zen* lo sabe todo—. Oh, no hay tiempo. Se llevó esa fórmula. O creyó llevarla…

—¿*Creyó llevarla*? ¿Qué significa?

—La fórmula de Tobatsu tiene… tiene *dos* partes. Él se llevó una sola, creyendo que era todo. Yo… yo aún poseo la otra parte. Sin una de ellas, la otra no vale nada… Y Tobatsu olvidó el proceso de creación de su pequeño ingenio electrónico. Usó un material y un circuito irrepetible, si no se conoce la fórmula. Tobatsu sabía que era peligroso *recordar*. Yo le enseñé a olvidar, a borrar de su memoria… Sólo con las dos partes de la fórmula, se pueden construir muchos ingenios iguales. Sin ellas… nadie lo hará.

—Pronto, Maestro… ¿Y dónde está esa *otra* parte? Prometo utilizarla sólo para el bien o… no utilizarla jamás, si es perjudicial para el hombre.

—Lo sé. Puedo leer en la conciencia de los hombres —suspiró el agonizante—. Tú eres digno de mi confianza. Esa segunda parte de la fórmula de Tobatsu… está… está…

Agitó su mano crispada, en forma angustiosa. Una bocanada de sangre ahogó todas sus palabras, y los ojos almendrados se vidriaron en el viejo rostro que parecía reproducido en un rugoso pergamino blancuzco. Sus dedos aferraron su garganta, el emblema del dragón que pendía de una cinta, de su flaco y huesudo cuello…

Y se quedó rígido. Sin vida.

—Descansa, Maestro —murmuró Kwan-Shang con voz dolorida.

Cerró los párpados del hombre sin vida con dedos delicados. Se irguió, pensativo, contemplando el flaco cuerpecillo inerte, sobre el tatami. Amargamente, lamentó no haber podido salvar una vida. Una más, brutalmente sacrificada…

Se preguntó dónde guardaría el infortunado Maestro de *Zen* el secreto de su discípulo. Su mente trabajó con rapidez. Trató de comprender la mentalidad del japonés asesinado, la sencillez profunda, elocuente y enigmática a la vez, de la doctrina *Zen*. Y tuvo en seguida la respuesta.

Tal vez el propio Sesue Yokata había muerto con la convicción de que él sabría la respuesta justo a tiempo.

Y era así.

Se inclinó. Desprendió suavemente del cuello del anciano su cinta de seda negra, con el pequeño medallón en el que aparecía grabado un dragón sobre los símbolos japoneses del Bien y del Mal. Guardóse con rapidez la pieza en un bolsillo.

Inmediatamente, giró la cabeza. Supo que unos ojos le vigilaban a su espalda. El peligro inminente se materializó. Pero ya antes, Kwan Shang había notado en su sensible cuerpo el escalofrío del presagio, la intuición del aviso.

Allí estaba. A la entrada del *dojo*. Cerrándole toda posible evasión. El asesino del Maestro Yokata.

El *kendoka* negro, con su temible *katana* afilada, presta a matar.

Y a su lado, el mismo increíble luchador que una vez atacó a Lena Tiger: ¡el hombre de los brazos de sable!

Capítulo VI

SECRETO ELECTRÓNICO

Kwan-Shang recordó unas palabras inquietantes del hombre asesinado, apenas se enfrentó a la siniestra figura de ropajes negros y casco de acero sobre el invisible rostro, erguida a la entrada del *dojo* de la muerte:

«Era el mismo diablo con ropas de *kendo*… No pude defenderme de él. Conocía de antemano todos mis golpes. Los preveía o los intuía…».

Estudió con sus oblicuos ojos astutos al monstruoso criminal, que ya mencionaran los Mortimer y su secretario. Había algo en aquella figura que inquietaba. Evidentemente, si alguien impartía órdenes, si de alguien brotaba autoridad, ése era el *kendoka* negro. Pero tratar de saber quién era él, resultaba tarea imposible. Sus prendas marciales, su máscara o *Migi-Men*, y el resto de sus protectores de cabeza, le enmascaraban perfectamente, haciendo de su diabólica identidad una perfecta incógnita.

De su interior, de aquella rejilla acerada que velaba su rostro en la sombra, brotó una voz dura, fría, metálica e incisiva. Una voz tajante, que tenía que ser obedecida:

—¡Mata! ¡Mata!

El monstruoso luchador de los brazos de acero afilado, caminó hacia Kwan con una estudiada, elástica lentitud, midiendo cada uno de sus pasos y movimientos. Los ojos eran brillantes y crueles. El rostro no revelaba la menor piedad o sentido humanitario. Era un luchador, sí. Pero de los que utilizaban el conocimiento de una

noble ciencia, al servicio del crimen y del delito. En espíritu, jamás sería un luchador, sino un criminal, un delincuente vulgar, con unos conocimientos más o menos profundos de las Artes Marciales. Y dotado, pese a su invalidez, de dos armas terroríficas, como eran los dos sables ortopédicos.

Kwan se situó en guardia. Su mente, su cuerpo, formaron un todo armónico. Su naturaleza toda se concentró en el momento supremo del ataque y la defensa frente a tan poderoso adversario.

—¡KIAI!

El ronco sonido escalofriante brotó del interior de Kwan-Shang y restalló casi como algo material y devastador bajo la techumbre del *dojo*. Luego, cuando el ene migo se lanzaba al ataque con sus sables fulgurando en la penumbra, en una *kata* demoledora y capaz de cortar su cuerpo a tajos, Kwan se convirtió en el demonio del
Kung-Fu
que podía llegar a ser en los momentos decisivos de su vida.

Una mano en forma de Garra de Águila, fue directa a los ojos del adversario. La otra, jugando en forma de
Hu-Chao
, o Zarpa de Tigre, se disparó simultáneamente, para coger a su antagonista, en forma de zarpazo auténtico.

El luchador de los brazos de acero, vio zumbar sus temibles sables en el vacío, el cuerpo de Kwan-Shang trazó una cabriola elástica e increíble en el aire, y sus dedos se incrustaron en los ojos del terrible enemigo, cegándole. Aulló el otro, buscando el cuerpo de Kwan con sus sables ortopédicos.

El joven chino no le dio opción. Aferró por el cuello con su Zarpa de Tigre de la mano izquierda, uno de los temibles sables del rival, por su empuñadura o lugar al que se unía el brazo mutilado. Era tal la fuerza de aquellos garfios que Kwan tenía como dedos, que lo arrancó de cuajo, con el cuero protector, dejando el muñón del brazo derecho de su rival.

Éste rugió colérico, dando mandobles ciegos a diestro y siniestro con su otro sable. Entonces, las piernas de Kwan se alzaron, en un salto vertiginoso, y sus talones golpearon simultánea y mortalmente la nuez y el punto situado entre boca y nariz, en el rostro del monstruoso luchador.

Fue un doble impacto, seco y crujiente. Cualquiera de ellos

podía matar. Ambos, unidos, eran devastadores. El mutilado criminal, se encogió, repentinamente inmóvil, crispado, sus ojos desorbitados. Se desplomó de bruces a los pies de Kwan.

Entonces, con rapidez, el *kendoka* negro se movió hacia él, con su *katana* en alto, a punto desatacar. Kwan pensó en dos formas de ataque, y observó que el misterioso personaje, con inconcebible intuición, se ponía en guardia con su sable, frente a ambas.

Por ello, renunció el joven chino inmediatamente. Y en vez de atacar con su técnica de

Kung-Fu

, aferró el desprendido cuchillo del brazo de su antagonista abatido, y lo utilizó con la técnica del *shuriken*.

El *shuriken*, en realidad, era un arma pequeña, de acero, por lo general en forma de estrella, de varias puntas, o en forma de disco de afilado borde. Su utilización era también fruto de larga práctica en la escuela de Artes Marciales, y formaba parte de los métodos de lucha en China. Ahora, Kwan no tenía un *shuriken* en sus manos, pero sí un sable sin mango. Lo tomó en la palma de su mano, sujetándolo con el dedo pulgar, como si fuese uno de aquellos pequeños instrumentos de acero de su aprendizaje en China, y lo lanzó con tremenda fuerza, poniendo la mano plana, con la palma hacia arriba…

El improvisado *shuriken* de gran tamaño y tremendo filo, salió disparado de forma sorprendente, hacia el *kendoka* negro. Que, pese a todo, también intuyó esa rara táctica de su rival muy a tiempo y evitó el que pudo ser un golpe mortal del acero en su cuerpo. Lo hizo, situando ante sí, a guisa de escudo, su propio sable. El impacto, no obstante, fue muy fuerte, porque fortísimo era el impulso dado por Kwan al arma blanca arrojadiza.

Y el *kendoka* negro perdió su sable, quedando desarmado ante el enemigo.

Kwan Shang lanzó un ronco grito de júbilo, precipitando su elástico y liviano cuerpo hacia adelante, dispuesto a un enfrentamiento decisivo con el misterioso personaje, autor de la muerte del infortunado Maestro Yokata.

En aquel momento, el enemigo se declaró en retirada sin pretender luchar. Se escurrió con rapidez hacia la salida. Kwan lo persiguió, dispuesto a no desaprovechar aquella ocasión.

Pero fuera del *dojo*, entre unos setos, aguardaba un automóvil oscuro, al que subió el *kendoka* de un salto, cerrándose la portezuela tras de sí, y arrancando con el motor a toda potencia.

Kwan se quedó clavado en tierra, con la decepción pintada en su semblante. Apenas unos segundos después, otro automóvil hacía su aparición por el lado opuesto de la calle. Y al detenerse, de él saltaban cuatro personas harto conocidas: sus amigos, Cole y Lena, con el magnate de la electrónica americana, Howard Mortimer, y su hija Georgia.

Corrió hacia ellos, señalando ante sí con energía:

—¡Por allí, Frank! —avisó—. ¡El *kendoka* negro escapa! ¡Asesinó al Maestro Yokata!

Cole no esperó a más. Saltó de nuevo al automóvil, y se alejó a toda velocidad, tras saber que se trataba de un coche negro, de marca norteamericana. Pero no tardó en regresar, con el desaliento reflejado en su rostro.

—Lo siento, Kwan —confesó, bajando del vehículo—. No pude ni siquiera dar con él. Tal vez algún camión esperaba cerca, y lo ocultó dentro de su cabina, o cosa parecida. Son muy listos… y muy ricos en recursos.

Mortimer, preocupado, pálido, se encaró con Kwan-Shang.

—¿Ha logrado descubrir algo positivo, amigo mío? —indagó.

—Sólo una cosa, señor Mortimer —confesó francamente Kwan, mirándole—. Que usted no puede ser el *kendoka* negro…

El gesto del millonario reveló auténtico asombro. Luego, enrojeció, como si se sintiera ofendido por semejante sospecha.

—De modo que piensan que el *kendoka* negro es el cerebro de la organización…

—Tiene que serlo —admitió Frank Cole, tras conocer la historia de Kwan—. Siempre aparece dirigiendo a los demás, y dando las órdenes precisas. Sólo actúa personalmente cuando se trata de algo trascendental para sus planes… Cuando sepamos qué rostro se oculta tras esa máscara de acero de la indumentaria *kendo*, sabremos sin duda quién es nuestro anónimo adversario, el que parece adelantarse a todos nuestros movimientos, no sé si intuyéndolos, como dice Kwan que intuía los recursos del Maestro Yokata, o siendo informado por alguien de quien no sospechamos en absoluto.

—¿Qué quiere decir? —se interesó Mortimer, arrugando el ceño.

—No sé… ¿Confía usted ciegamente en su secretario? —preguntó Cole bruscamente.

—¿En Cannon? —se sorprendió el magnate—. Cielos, claro que sí. Es de toda mi confianza… Él no podría traicionarme, estoy seguro. Además… estaba con Georgia y conmigo en Kamakura, cuando mataron a Fong y se llevaron su cuerpo. Y el *kendoka* negro estaba allí, dirigiendo la operación…

—Sí, es cierto —admitió pensativo Cole. Se volvió a Kwan bruscamente—. ¿Qué piensas tú sobre ese técnico inglés, el doctor Banning?

—Parece un hombre encantador y leal —se encogió de hombros Kwan-Shang—. Pero nunca se sabe lo que se oculta tras la máscara del rostro de una persona, Frank.

—Muy cierto. Luego, tenemos al propio profesor Tobatsu… —comentó Cole de repente.

—¿El profesor? —Pestañeó Mortimer, sin entender.

—Sí. Ha desaparecido. Pero nadie ha visto que fuese raptado. Tal vez pensó en utilizar su creación para algo mejor que entregarla oficialmente a su patria o comercializarla por sus utilidades técnicas y prácticas. Es un hombre rico y prestigioso, pero hay quien desea ser más rico. O alcanzar el poder… El ser humano es un enigma demasiado complejo, señor Mortimer. Y ni siquiera sabemos qué es, exactamente, lo que puede hacerse con el *micromind*. Aunque lo estoy imaginando…

—Pero, Cole, el profesor Tobatsu fue creador de ese ingenio, era suyo… No iba a hacer nada por robarlo, no mataría luego a su propio maestro y viejo amigo, a quien confió su fórmula secreta… No tiene sentido.

—No tiene sentido, suponiendo que el profesor no cambiase de idea. Pero recuerde que Yokata ha confesado a Kwan que logró borrar de la memoria de su discípulo todo conocimiento técnico de su propio invento, prefiriendo confiar en una fórmula. Luego, pudo suceder que el inventor cambiase de modo de pensar, pero no el Maestro de *Zen*, y… —Frank Cole hizo un gesto ambiguo—. En fin, no lo tome al pie de la letra. Sólo especulo con posibles complicados en el asunto, que pudieran ser… el *kendoka* negro.

—¿Y no podría ser… cualquier otra persona ajena a todo esto?

—No. Es alguien que conoce el asunto a fondo. Y que sabe dónde está cada elemento del caso. El secreto del *micromind* es vital para quien está actuando de este modo, señor Mortimer. Es mucha la gente que anda tras él. Usted mismo, ha vuelto a Tokio, con la esperanza de que Tobatsu reaparezca o que nosotros rescatemos esa mágica fórmula, y un laboratorio electrónico americano de su empresa pueda reproducir los circuitos especiales que ha creado Tobatsu en su *micromind, ¿no* es cierto?

—Sí, muy cierto —admitió el magnate—. Pero yo soy un hombre de negocios, la electrónica es mi industria, y está justificado que trate de obtener tal hallazgo…

—Por supuesto. Pero ya ha visto como nuestro misterioso *kendoka* sabía que el viejo Maestro de *Zen* poseía el secreto del profesor. Fue una sospecha que me asaltó cuando usted llegó al hotel y hablamos de todo ello… y por eso acudimos en busca de Kwan, buscando ese *dojo* donde me temía lo peor… Como así sucedió.

—¿Y qué sentido tendría en todo este misterio la muerte de nuestros amigos, los luchadores Fong y Tse Kunsi, o la muerte y desaparición, asimismo, de los hermanos Tomura, aquí en Tokio? —se interesó Lena, perpleja.

—Eso… creo que lo sabremos cuando lleguemos a la clave de este asunto.

—¿Qué clave? —preguntó Kwan.

—La utilidad auténtica del *micromind* del profesor Tobatsu —dijo Frank Cole, escueto—. Su utilidad, cuando menos, para un delincuente ambicioso y despiadado como pocos…

Capítulo VII

¡ROBOTS!

—¿Por qué no les has revelado a Mortimer que poseemos la mitad de la fórmula del profesor Tobatsu, Frank?

Cole, tras examinar los caracteres japoneses, microscópicos, trazados a pincel, con increíble celo y paciencia en su diminuta forma actual, dentro de aquel pequeño disco de seda, con el auxilio de una potente lente de aumento, sonrió enigmáticamente a sus amigos.

—No podernos mostrar todas nuestras cartas, ni siquiera a los que creemos nuestros amigos, Kwan —confesó—. Están sucediendo demasiadas cosas raras para confiar en nadie. O nos vigilan por medio de ingenios electrónicos, o alguien que está cerca de nosotros tiene contacto con los delincuentes. Esto debe permanecer secreto. De todos modos, si el *kendoka* negro regresó al *dojo* de Yokata, sorprendiéndote allí, es porque descubrió que sólo se había apoderado de media fórmula y buscaba la otra mitad. Es posible que Imagine ya a estas horas que nosotros tenemos esa mitad que le es vital. Unidas ambas, pueden facilitar la fabricación en serie de algo que ignoramos aún para lo que sirve: el *micromind*.

—Pero el profesor tenía unas muestras de su invento…

—Sí. Exactamente *cuatro* —afirmó despacio Cole con ojos centelleantes—. Eso confirma mi teoría, me temo.

—¿Qué teoría? —se interesó Lena, enarcando las cejas.

—Es demasiado fantástica para exponerla sin una base sólida en que apoyarme. Prefiero esperar aún, a ver qué sucede… Pero es obvio que los cuatro *micromind*, o microcerebros electrónicos, creación del profesor Tobatsu, están en poder de los supercriminales

que estamos combatiendo ahora. Sin embargo, no le bastan para sus planes. Necesita más. Y ni aún desmontando y examinando uno de esos microcerebros, puede ser reconstruido otro, evidentemente. El procedimiento utilizado es arduo y dificultoso Incluso para un experto, como debe serlo nuestro enigmático *kendoka*. Necesita la fórmula que le permita fabricar nuevos elementos electrónicos de los utilizados en ese Ingenio, y que parecen ser exclusiva Invención del profesor Tobatsu.

—De modo que, sin ese pequeño disco de seda con media fórmula escrita… nuestros enemigos no pueden hacer nada —señaló Kwan, esperanzado.

—NI nosotros tampoco —sentenció Cole tristemente, volviendo a situar el pequeño disco en el Interior del medallón con el dragón y los símbolos del Bien y del Mal. Tras un momento de duda, Cole colgó esa pequeña joya del cuello de Lena Tiger, que le miró, sorprendida. El joven americano añadió, sonriente—: Es un pequeño regalo, Lena.

—Oh, eres muy amable —suspiró ella—. No se puede decir que no me obsequies con algo valioso…

—MI obsequio se limita solamente a la cinta y al medallón. Su contenido no nos pertenece. Alguna vez, tendremos que entregarlo a su legítimo propietario, sea éste el profesor, el Gobierno japonés… o el propio Howard Mortimer, si llega a adquirir los derechos de ese descubrimiento para su Industria. Pero de momento, estará más seguro en torno a tu cuello, que en cualquier otro lugar. Lo que está muy a la vista, rara vez hace pensar en un secreto bien guardado. El viejo Maestro de *Zen* sabía eso. Y, por suerte, nuestro admirable Kwan captó su mensaje…

—Lograréis ruborizarme —confesó riendo el joven chino.

El doctor Roger Banning terminó de recoger sus cosas. Apagó la luz de la lámpara de su despacho, y tomó la chaqueta de la percha, para sustituir por ella su bata de técnico en los laboratorios electrónicos de Tokio.

Se encaminó a la salida. Ya las luces de la empresa estaban casi todas apagadas, salvo las de los corredores y las deslumbrantes de las plantas destinadas a las computadoras y programadores de servicio. El inglés de rostro afable y cabellos blancos, descendió en uno de los ascensores rápidos y silenciosos del alto edificio, hasta la

planta baja. Una vez allí, se despidió del conserje, marcó su hora de salida y pisó la calle, bajo la persistente llovizna que aquella noche caía sobre Tokio.

El raudal de luces de la gran urbe quedaba tamizado por el tiempo lluvioso y algo brumoso de la desapacible noche. El doctor Banning se encaminó resueltamente al cercano *parking*, donde dejaba habitualmente su coche.

Abrió la portezuela, y se situó al volante con un suspiro de alivio. Siempre terminaba tarde su trabajo, pero aquella noche aún había permanecido más tiempo en los laboratorios, y se sentía fatigado, deseando hallarse de nuevo en su domicilio, para cenar algo frugal, ver un poco la televisión y acostarse, tras leer los diarios un poco por encima.

Sus planes se vieron bruscamente alterados por un hecho insólito. Apenas puesto en marcha el automóvil, y habiendo dejado atrás el *parking*, una voz glacial sonó a su espalda, en las sombras del vehículo:

—Siga adelante sin alterar su marcha. Pero obedezca al pie de la letra mis instrucciones, si quiere seguir con vida, doctor Banning.

Con un escalofrío, el técnico electrónico inglés contempló aterrado el rostro que se reflejaba en el espejo retrovisor de su coche. Ni siquiera era un rostro. Sólo una rejilla de acero, con sombras oscuras e insondables detrás, a las que no llegaba el ojo humano. Un extraño ropaje de otros tiempos, envolvía a su misterioso y amenazador viajero. Recordó vagamente que eran las ropas de un arte marcial, el *kendo*. Ropas negras.

—¿Qué… qué significa esto? —jadeó, muy pálido.

—Significa que su vida pende de un hilo, doctor Banning —una mano enguantada con un recio guante de cuero o *kate* de larga manopla, asomó una acerada hoja de filo cortante, que se apoyó sobre la nuca del doctor, haciéndole sentir su frío mortal—. Siga adelante, y tome por las calles que le iré indicando, hasta que encontremos un camión con su puerta trasera abierta y una rampa de subida al mismo. Entre en él sin intentar nada. Es todo lo que le exijo.

—¿Y… si obedezco en todo… no va a matarme? —gimió Banning, lívido.

—Si obedece, es posible que no —admitió el *kendoka* fríamente,

con aquella voz suya que brotaba de debajo de la máscara de acero enrejada, con matices helados, metálicos y duros. Una voz que no se podía desobedecer bajo ningún pretexto—. De usted depende…

Roger Banning optó por elegir el camino de la obediencia. No le hacía ninguna gracia ser decapitado allí mismo por su siniestro viajero. De ese modo, tras rodear muchas calles de la ciudad, alejándose del centro urbano, terminó por llegar hasta el camión citado, a cuyo interior subió el coche, por una rampa de madera dispuesta al efecto.

Inmediatamente, se cerraron tras él las puertas, la oscuridad le rodeó totalmente… y algo, un vapor dulzón, invadió su nariz y su boca, mezclándose con su aliento. Presa de una fuerte somnolencia, se desplomó sobre el volante, quedando inmóvil.

El camión rodaba ya por Tokio, hacia las afueras, hacia Shiba Park, al sur de la capital, quizá en busca de alguna carretera suburbana. El *kendoka* negro salió silenciosamente del coche, y abrió un panel delantero, entrando en una cámara especial, situada entre la cabina de carga y la del conductor. Allí se acomodó, calmadamente, en espera de la llegada del término de su viaje.

El doctor Roger Banning negó una vez más, con gesto cansado y aire patético:

—¡Lo juro! ¡No sé nada! ¡Absolutamente nada sobre esa fórmula!

Le miraron los personajes situados ante él. Se estremeció. Todo aquello no le inspiraba ninguna confianza. Especialmente, el siniestro personaje que presidía la mesa, en su centro, entre dos herméticos orientales de rostro inescrutable. Era el *kendoka* negro, una vez más.

—Doctor Banning, usted colaboró eficazmente con el profesor Tobatsu durante muchos años —dijo fríamente la voz de uno de los japoneses allí sentados—. Él no guardaba secretos para usted… Tuvo que ver cómo creaba esos nuevos circuitos, esos transistores de especial diseño, y cuál era la sustancia que creó en su laboratorio, para reducir a tan diminuto volumen un mecanismo electrónico tan complejo… Esa sustancia no es ninguna de las utilizadas en electrónica hasta hoy, ni nos ha sido posible analizarla. Pero usted ha de conocer detalles de su fabricación, de su proceso. A cambio de esos informes, saldrá con vida de aquí. Si

no… jamás verá la luz del sol. Tenemos medios persuasores para convencerle, doctor. Conocemos torturas que ninguna mente humana ni ningún cuerpo son capaces de soportar…

—¡Pero si es que no sé nada de todo eso! —dijo Banning, desesperado—. ¡Fue todo un trabajo de Tobatsu, estrictamente secreto! ¡No quería que nadie, ni yo mismo, conociera en qué estaba trabajando y cuáles eran sus elementos secretos! ¡Lo juro, lo juro una y mil veces! Si lo supiera se lo diría, pueden creerme.

—Hay cosas que a veces se saben sin darse uno cuenta —señaló el *kendoka* negro con su voz monocorde y cruel—. Subconscientemente, tal vez usted *sí* sabe algo, doctor Banning. Algo que, sin duda, recordará si le reactivamos sus ideas por medios adecuados… Pasará a una celda especial, donde unas ondas electrónicas, algo dolorosas, eso sí, rastrearán su mente. Incluso es posible que llegue a morir bajo sus efectos…, pero no nos queda ya otra solución con usted.

—¡No, no! ¡Esperen, por el amor de Dios! —gimió el inglés—. ¡Deben creerme! ¡Ni consciente ni subconscientemente pueden arrancarme nada, porque nada sé! ¡No comentan un error que me costaría inútilmente la vida!

—Una vida humana vale bien poco, doctor Banning —declaró con brutalidad el siniestro personaje—. Lo siento. Si no habla ahora… su destino está decidido.

—¡No puedo hablar! ¡No tengo nada que decir, lo juro! —exclamó él, con angustia.

Se incorporaron los tres personajes del tétrico tribunal. Banning, demudado, les contempló con terror, así como al formidable, gigantesco luchador de músculos abultados y poderosos que, con una careta de acero sobre el gigantesco rostro de cráneo rapado, cubría la única salida de la cámara en que se hallaban. No había evasión posible, ahora lo comprendía. Si no había información, era la muerte cierta. Una muerte lenta y dolorosa, sometido a tortura mental. Y nada les podría decir. Porque nada sabía…

—Llevadlo —ordenó el *kendoka* negro con frialdad—. Empezad por ondas de baja tensión. E id aumentando hasta el tope. Si no recuerda nada, es que nada sabe, y entonces no nos sirve en absoluto. En ese momento, una vez seguros de ello… detened su cerebro con una última descarga. Es todo.

Asintieron mudamente sus dos servidores orientales. Los chillidos de Banning parecían inútiles en aquel recinto hermético. Todos le miraban con indiferencia. Brazos poderosos le sujetaron, conduciéndole por un corredor iluminado crudamente. El *kendoka* negro quedaba atrás, cruzado de brazos, siempre inmutable, siempre hermético, como si detrás de aquellos ropajes y aquella rejilla de metal no hubiera un rostro, ni un cuerpo, ni un solo sentimiento humano.

En ese preciso instante, sonó la voz acerada, incisiva, al final del corredor:

—Os devolvemos la visita. También nosotros sabemos entrar en los santuarios ajenos, burlando los circuitos de seguridad…

Con estupor, los dos orientales que conducían a Banning, se volvieron sin dar crédito a sus oídos. El gigantesco luchador de careta de metal, se volvió estupefacto.

Y el implacable *kendoka* negro, aun siendo el único inmutable, bajó sus brazos, empuñando con rapidez su sable de *kendo*.

—¡Los Dragones de Oro! —Sonó su chirriante voz tras la máscara.

Era cierto. Frank Cole, Lena Tiger y Kwan-Shang habían aparecido en el fondo del corredor. Su postura agazapada, tensa, era la de tres luchadores en guardia, a punto de defenderse. Y también de atacar…

—No sé cómo lo hicisteis, pero éste es vuestro fin —sentenció la voz del *kendoka* negro con frialdad deshumanizada—. Nadie que entra aquí, sale con vida jamás…

—Lo veremos, fantasmón —dijo Lena Tiger con acento de ironía —. De momento, estamos ante vosotros… ¡y dispuestos a vencer!

El gigantesco luchador de la carátula de acero, con quien Lena ya se enfrentara una vez en las callejuelas de los muelles de San Francisco exhaló un rugido, y a un gesto del brazo de su anónimo jefe, avanzó decidido hacia ellos, enarbolando sus colosales puños de titán. Luego, saltó sobre los tres, como una mole colosal, en tanto Banning forcejeaba, esperanzado, entre sus dos captores.

Kwan y Lena se apartaron. Frank Cole recibió al coloso. El cuerpo del *karateka* americano se desplazó, eludiendo el impacto. Su mano derecha describió un gran círculo y vino a pasar debajo de la axila izquierda, regresando luego delante del pecho, en el

momento del encuentro, en un potentísimo, devastador golpe *Uchi-Ude-Uke*.

Rugió la mole de carne, sacudida por el mazazo brutal en un punto vital de su poderosa anatomía, pero intentó rehacerse. Entonces, un *Mae-Geri-Jodan*, o disparo violento de la pierna y pie derechos de Cole, alcanzó con ese pie al gigante en la base de la nariz, quebrando ésta en medio de un crujido de huesos brutal, con abundante hemorragia. Vaciló el coloso, y Cole remachó su victoria fulminante sobre tan enorme adversario, con otro veloz giro de su cuerpo, eludiendo la desesperada carga de los brazos enemigos, para golpear de nuevo en sentido opuesto, con *Uchi-Ude-Uke* de su puño izquierdo, y un impacto mortal de su pie zurdo, en otro *Mae-Geri-Jodan* que, definitivamente, abatió al gigante, herido de muerte por el puntapié demoledor en el mentón.

Sin vida, rodó a sus pies, haciendo temblar el suelo con su mole. Un silencio de muerte, siguió a la acción del *karateka* americano. Lena y Kwan ya atacaban, victoriosamente también, con sus *katas* de *Aikido* y

Kung-Fu

, a sus respectivos enemigos, los dos japoneses que llevaban cautivo al doctor Banning.

Entonces, el *kendoka* negro emitió una orden gutural, brotando aquella voz impresionante de las sombras de su rostro oculto por la rejilla de su atavío.

Y a esa orden, se deslizó un panel en el corredor, y emergieron hasta cuatro figuras.

Cuatro nuevos luchadores que, con rígidos movimientos, pero perfectamente delimitadas sus posiciones de ataque, avanzaron hacia los Tres Dragones de Oro. Éstos, asombrados, contemplaron a los recién aparecidos. Fue Cole quien lanzó la exclamación, con ojos centelleantes:

—¡Dios del cielo! —rugió—. ¡Es lo que imaginaba! ¡Miradles! ¡Son ellos! ¡Los luchadores MUERTOS, LOS CADÁVERES ROBADOS!

Era cierto. Se trataba de los hermanos Tomura, Tse Kunsi, el luchador coreano, y Martin Fong, el joven americano adscrito al Servicio Secreto de su país…

Cuatro luchadores prácticamente Invencibles, tan perfectos como los tres camaradas, iban a enfrentarse a ellos en duelo mortal.

—¡Cielos!; ¿qué va a ocurrir ahora? —jadeó Kwan—. Nunca he luchado con los muertos…

—Sí, Kwan —afirmó roncamente Cole, contemplando a los cuatro seres de pesadilla que, sin expresión en sus lívidos rostros, venían hacia ellos, inexorables—. *Están* muertos. Los cuatro… ¿Te das cuenta? Ni siquiera son ellos ya… Sólo son… *robots*. Autómatas humanos, al servicio de un criminal inhumano… ¡Ahora sabemos para lo que sirve el invento del profesor Tobatsu…!

Pero lo cierto es que los cuatro poderosos luchadores, cuatro cuerpos perfectos, hechos para las Artes Marciales, cuatro cerebros que sabían ordenar a sus músculos una forma de lucha invulnerable, estaban ya sobre ellos virtualmente…

Por vez primera, los tres jóvenes amigos se enfrentaban a un poder tan grande como el suyo propio. Quizá, los cuatro únicos luchadores en el mundo que podían vencerles…

Capítulo VIII

GOLPE MORTAL

Los tres retrocedían paso a paso, cediendo terreno por vez primera, sintiéndose acorralados, acaso vencidos, o a punto de serlo, por vez primera en su vida.

—¡Atacad! —ordenó el *kendoka* negro—. ¡Matad!

La orden, evidentemente, era obedecida de modo inexorable por los cuatro luchadores convertidos ahora en simples autómatas humanos de destrucción…

—Frank, ¿qué hacemos? —musitó Lena, impresionada—. Todos ellos parecen conservar, aún después de muertos, su capacidad de luchadores. Mira su guardia, su modo de moverse… Es perfecto…

—Sí —jadeó Cole—. Entiendo lo que sucede. El cuerpo y el cerebro se conservan. El microcerebro electrónico reactiva todo… y da una vida artificiosa a los seres humanos, haciendo de ellos autómatas perfectos, dóciles, poderosos…

—¡Nos destrozarán, Cole! —avisó Kwan—. Son tan poderosos como nosotros… ¡y son cuatro!

—Lo sé —asintió Frank, sombrío—. Pero creo que existe un medio… Uno solo de vencer. Y con un solo golpe. Un golpe mortal…

—No té entiendo… —Kwan veía ya muy cerca de ellos al cuarteto de temibles adversarios regresados de la tumba—. Pero lo que sea… ¡hazlo pronto!

—¡Ya, ahora mismo! —dijo con voz potente Frank Cole.

Y de modo inesperado, su cuerpo describió un salto, más propio de *Tae Kwon Do*, o *karate* volador, pasando su figura inverosímilmente por encima de los cuatro enemigos, en una

acrobacia impresionante… que le situó justo a espaldas de ellos… ¡y frente por frente al *kendoka* negro!

Éste no había previsto la reacción y maniobra de Frank, porque éste ni siquiera la pensó. Había recordado algo que le dijera Kwan, y que él había oído de labios del Maestro Yokata. *Pensar*, era peligroso ante el *kendoka* negro. Éste parecía *leer* los pensamientos de su adversario.

De modo que Cole atacó sin pensar, sin pensamiento previo alguno. Y ahora, frente a frente con el *kendoka* misterioso, actuó sin pérdida de tiempo. Y sin meditarlo previamente, como bloqueando sus propios pensamientos, para no transmitirlos a otro cerebro.

Saltó adelante, alcanzando con sus pies, en rápida sucesión, al enemigo. Le desarmó de un puntapié seco, haciendo volar el sable por los aires. Luego, en vez de practicar ninguna de las *katas* habituales, desconcertó al adversario con una zambullida que le precipitó a pies del misterioso ser, aferrándole por ambas piernas, tirando violentamente de él… y derribándole en el suelo.

Luego, los dedos engarbados de Cole, como si dibujaran un gesto de *Kung-Fu*, alcanzaron la rejilla que enmascaraba el rostro de su anónimo enemigo. Pero no trataron de penetrar en la zona oscura. Ni de arrancarle la máscara *kendo*.

En vez de eso, introdujo algo que sostenían sus dedos, dentro de la rejilla del *kendoka*. Algo que, al caer en su interior, despidió un repentino fogonazo azul, un destello súbito e inexplicable…

Del cuerpo del enmascarado luchador negro, brotó una especie de sonido metálico, extraño, y por la rejilla escapó humo denso y acre. La enlutada figura se quedó inmóvil en el suelo, como un pelele.

Y simultáneamente, los cuatro luchadores ya muertos, resucitados misteriosamente por medios que Frank Cole ya sospechara anteriormente, se quedaron también quietos, totalmente rígidos, como maniquíes, como muñecos mecánicos, repentinamente paralizados sus mecanismos.

Lena Tiger y Kwan-Shang miraron con asombro a Cole.

—Frank… —susurró ella—. ¿Qué es lo que ha sucedido?

—Algo muy sencillo, Lena —suspiró Cole cansadamente—.

Imaginé lo que sucedía aquí. Del mismo modo que estos cuatro desdichados luchadores fueron muertos y utilizados para crear los primeros robots humanos… nuestro *kendoka* negro, el supuesto «cerebro» del *gang*… no era sino otro robot. Pero éste, totalmente electrónico, supongo…

Y al arrancar la máscara *kendo*, su sospecha tuvo confirmación.

Allí sólo había engranajes, mecanismos, circuitos electrónicos sumamente complicados, dentro de un cuerpo humano construido en plástico y metal, y vestido luego con las negras ropas del *kendoka*…

—Pero… pero entonces… ¿quién manipulaba todo esto? —gimió Kwan—. Porque, pese a todo, ha de haber alguien, una persona que dirija en la sombra, que mueva los mecanismos, que dé las órdenes electrónicas, que transmita su voz, a distancia, a través de ese robot…

—Claro que lo hay —asintió Cole—. Y ahora ya sabemos que puede ser cualquiera, puesto que el *kendoka* sólo era un muñeco electrónico muy perfecto…

Avanzó resueltamente hacia la puerta deslizada, por la que salieran los cuatro autómatas humanos en busca suya. Allí, al fondo, un hombre intentaba huir por una puerta posterior. Cole le avisó:

—¡Es Inútil que Intente salir de aquí! Cuando vinimos, siguiendo el rastro magnético que dejaba el coche del doctor Banning, y que usted no captó… también hicimos venir a la policía de Tokio. Ahora rodean su refugio secreto… SEÑOR HOWARD MORTIMER.

El millonario americano se volvió a ellos. Les miró, con patética expresión de derrota en su rostro lívido, rodeado de tocios los tableros de control electrónico, en su refugio secreto de las afueras de Tokio…

—Para su hija será un rudo golpe… —comentó Lena.

—Sí, lo será —admitió Cole sombríamente—. Pero pronto olvidará, gracias a Ralph Cannon. El muchacho la quiere de veras. Y no sabía nada de la vida criminal de su jefe…

—Pero siendo tan rico, tan poderoso… ¿por qué hizo eso? —dijo Kwan.

—Sed de poder, de más riquezas… El invento de Tobatsu creyó que le haría amo del mundo o poco menos. Ejércitos de autómatas

humanos, grandes robos con esos procedimientos, un modo de vencer, de chantajear, incluso, a países enteros… Un sueño imposible de una mente quizá enloquecida por los sueños de poderío… Así conocían siempre nuestros movimientos. Mortimer era el director oculto, el cerebro del plan. Así raptó a Tobatsu, a Banning, cuando vio que faltaba una parte de la fórmula y no supo cómo obtenerla… Por eso hice vigilar a Banning y monté ese dispositivo magnético de especial frecuencia, que él no pudo captar… Sabía que terminaría por raptarle, para tratar de saber más… para obtener la fórmula completa…

—Y mató a Tobatsu, también…

—Sí, ya hemos hallado su cadáver. No quiso venderle su ingenio. Ni cedió ante amenazas. Creo que lo mejor será destruir la mitad de su fórmula, que poseemos Eso evitará que el mundo sufra alguna vez los daños de un invento semejante, amigos míos… Es lo mejor que se puede hacer por el bien de la humanidad, a la que nos debemos.

Lena Tiger y Kwan Shang asintieron. Sí, era mejor así.

Para los que aman la paz y la concordia entre los humanos, todo elemento de discordia es mejor que no exista, Y si existe, se destruye.

Eso no siempre es posible en el mundo. Pero esta vez, al menos, lo era. El *micromind*, adaptado quirúrgicamente a un cerebro sin vida, era un procedimiento demasiado monstruoso de resucitar a los humanos. Y un medio cruel de esclavizar a los muertos.

Los Tres Dragones de Oro habían impedido definitivamente ese nefasto poder criminal.

EPÍLOGO

REGRESO A CASA

El avión sobrevolaba nuevamente el Pacífico.

Era el regreso a Estados Unidos. El retorno a casa. No se podía decir que hubieran necesitado una larga estancia en Tokio para resolver aquel enigma.

Una incógnita, todavía, danzaba por la mente de Lena Tiger. Fue ella la que, volviéndose a su compañero de asiento en aquel vuelo, Frank Cole, le preguntó:

—¿Por qué luchadores, Frank? ¿Por qué, *precisamente*, tuvieron que ser sus víctimas aquellos cuatro hombres, en principio?

—¿Te refieres a Toyo y Saki Tomura, a Tse Kunsi, a Martin Fong?…

—Sí, Frank. A ellos me refiero.

—Bueno, la idea del hombre que planeó algo tan diabólico y extraño, gracias al descubrimiento de una nueva forma de electrónica del profesor Tobatsu, se basaba en proporcionarse, ante todo, unos *robots* virtualmente perfectos en cuanto a su posterior utilidad. Y eligió sus víctimas cuidadosamente.

—¿Por qué motivo?

—Porque su idea fundamental era crear un grupo u organización diferente a todas. Un *gang* siniestro, capaz de todo lo que él planease. Comenzó por los cuatro mejores luchadores que conocía, para aplicarles los cuatro primeros *micromind*, los robados al profesor. Pensaba necesitarlos, y unos luchadores de esa talla, convertidos en autómatas a su mando, gracias al microcerebro injertado en sus cráneos, mediante una sencilla adaptación quirúrgica, serían virtualmente invencibles en su terreno. Era un

buen modo de comenzar su… su *colección* de notables asesinos, controlados a distancia por medios electrónicos, como simples muñecos de muerte. Confiaba en obtener el secreto vital de ese *micromind*, a través del profesor Tobatsu o a través de la fórmula que, estaba seguro, existía en alguna parte. Por fortuna, nunca llegó a poseerla, y ni siquiera la mitad que obtuvo del infortunado Tobatsu era suficiente para lograr nada. La otra mitad estaba en poder de Sesue Yokata, el Maestro de *Zen*, y un hombre como él puede morir, pero no ceder.

—¿Qué esperaba que hicieran «sus» luchadores autómatas, Frank?

—Quizá nunca lo sepamos. Pero hubieran sido hábiles enemigos para la ley, poderosos elementos al servicio del crimen. Eso sí, los necesitaban *recién* muertos, sus cadáveres aún frescos, para la operación mental. Por vez primera, las Artes Marciales y sus más puros y nobles practicantes, hubiesen estado al servicio del Mal y de la Violencia. Nosotros incluidos, Lena. Porque su objetivo era también asesinarnos a nosotros tres, y convertirnos, posteriormente, en lo que eran nuestros cuatro infortunados colegas y compañeros: *robots* asesinos, dirigidos por él. Cerebros y músculos movidos a su voluntad…

Siguió un silencio en el poderoso reactor que hendía los cielos. Lena asintió despacio, reflexionando sobre todo lo que Frank Cole le había revelado en esas pocas y estremecedoras explicaciones. La idea de haber llegado a convertirse en un cadáver viviente, manipulado por impulsos y circuitos electrónicos, le llenó de horror.

Kwan, desde el otro asiento, Intervino en la conversación, saliendo de su abstraída contemplación del océano a sus plantas:

—Amigos míos, creo que la idea de Mortimer era llegar a ser el amo de algo realmente Invencible. Una organización dependiendo exclusivamente de su mente y de sus ideas, movida por lo que realmente constituía toda su vida y sus Industrias: la Electrónica. Pero electrónica aplicada al crimen. Tal vez hubiese realizado su operación siniestra con toda clase de personas expertas en algo en el mundo, para alcanzar el éxito en atracos, robos audaces, golpes de mano secretos e Increíbles… Quizá Incluso países y gobiernos hubieran estado en sus manos, de llegar a tener éxito en su megalomanía.

—Quizá. —Frank se encogió de hombros—. No podemos especular con lo que hubiesen podido ser los resultados finales de su obsesión. Creo que, en el fondo, Howard Mortimer sufrió algún trastorno al verse capaz de dominar secretamente el mundo con el hallazgo Increíble del profesor Tobatsu, y eso alteró el funcionamiento de su cerebro. Actualmente, me parece que se trata más de un demente que de un criminal, aunque a veces ambas cosas vayan desgraciadamente unidas… Lo cierto es que siempre fue mi primer sospechoso, debido a su fortuna, sus abundantes medios… El culpable tenía que ser alguien así: una persona lo bastante rica para manejar aquel asunto sin problemas… Lo que me desorientó es que estuviera presente en dos ocasiones en que el supuesto jefe de la organización, el *kendoka* negro, estuviera también ante los demás.

—Y la explicación era bien simple —sonrió Lena—. El *kendoka* sólo era un robot mecánico que recibía órdenes para moverse, para actuar, y que hablaba por grabación o por retransmisión del sonido. De ahí su rara voz metálica, que mencionó Kwan y que recordaban Georgia Mortimer y Ralph Cannon… Tras la máscara *kendo*, no había nada. NI un rostro humano. Sólo una serle de complejos mecanismos electrónicos…

—Exacto. Aclarado ese punto, sólo podía haber un culpable: Howard Mortimer. Era el cerebro oculto de ese plan diabólico e Insensato…

—Pobre Georgia… —musitó Lena—. Va a necesitar mucho de Cannon ahora… ¿Sabes una cosa, Frank?

—¿Qué, Lena?

—Llegué a pensar que te atraía esa muchacha, que te gustaba…

—¿Georgia? —Frank Cole sonrió—. Es bonita, encantadora… Pero a mí me atraen todas. Y ninguna en particular.

—Ya —de repente, la voz de Lena sonó algo seca—. Debí Imaginarlo.

—Bueno, si alguien me atrae lo suficiente… eres tú —rectificó él, risueño.

—Muy galante. Pero nada sincero —refunfuñó Lena.

—Te engañas. MI vida puede estar dedicada, como la vuestra, a una misión absorbente y noble, de defensa de los demás y de entrega desinteresada a quien nos necesite. Pero no me olvido nunca de que una encantadora muchacha hace lo mismo a mi lado,

muy cerca de mí. Y eso me da alientos para sentirme mejor y más capaz.

—Casi me convences con tus palabras, Frank.

—Trataré de convencerte mejor cuando lleguemos a San Francisco… tomándonos un día libre para cenar, bailar, para divertirnos un poco tú y yo, Lena…

—¡Oh, eso es maravilloso! —Le miró con ojos brillantes—. Gracias, Frank. Acepto.

—Y de mí, nadie se acuerda… —refunfuñó Kwan-Shang, en su rincón, mirando al océano.

F I N



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas críticas y entrevistas cinematográficas, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste; es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: No dispares contra mí, Nuestro agente en Casablanca, *Sexy Cat* y El pez de los ojos de oro.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.

Notas

[1] Unos dos metros diez centímetros. <<

[2] Aproximadamente, ciento cincuenta kilos. <<

[3] La pintura sumiye nipona, es un arte típicamente Zen. Se hace con rapidísimos y suaves trazos de pincel de pelo largo sobre papel especial muy absorbente, sin retoques. La pintura Byobu, también citada aquí, es otra variedad de técnica similar, pero menos depurada y con colores de tintas fuertemente aguadas. (N. del A.). <<